



AÑO XXVI.

# PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 22.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.  
Se publica un número todos los Domingos.

### PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edición de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerías en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80... Tres meses, 45... Un mes, 16.

Edición de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs... Seis meses, 65... Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edición sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

### OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

### DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: Don Abelardo de Carlos.

### PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Librería de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso.

HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.

MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.

PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

**Sumario.**—Trenza de terciopelo (peinado) y collar de cuentas.—Cortina (aplicacion de muselina sobre tul).—Dos dibujos para cartera, petaca, etc.—Pasamanería y adornos para trages y confecciones.—Revista de modas.—Un drama en Sierra Morena.—Trage de cosetele.—Trage de sultana blanca.—Trage de fular blanco.—Vestido para niño de 6 á 8 años.—Trage de moer gris.—Trage de pelo de eabra gris-Suecia.—Trage de alpaca blanco. Un colegio de señoritas en provincia.—Los vecinos de Darlingen.—Figurin iluminado.

### Trenza de terciopelo (peinado) y collar de cuentas.

Se hace esta trenza, muy graciosa y muy elegante, con tres tiras de terciopelo negro ó de color, cortadas al sesgo, cada una de un metro y 55 cents. de largo, cada una de un metro y 55 centímetros de largo, 5 cents. de ancho en su parte media, y 2 en cada extremo, el cual se trenza con cinta de tafetan negro de 3 cents. de ancho y que termina en un lazo. La parte media de esta trenza (que es lo mas ancho de ella) cae encima de la frente; aquí se encuentra una gran rosácea de cuentas, luego cuatro rosáceas mas pequeñas; debajo de la del centro se fija una tira de tafetan negro de 1 cent. de ancho y 28 de largo rodeada de alambre de laton. Esta tira se apoya directamente sobre la cabeza.

**COLLAR.**—Un dibujo especial reproduce una parte de él en tamaño natural; se compone de cuentas grandes y pequeñas de azabache ó de cristal, talladas y ensartadas en la disposicion siguiente: Se toma una hebra de seda sumamente fuerte y se ensartan cuentas suficientes para formar un hilo de ellas que rodee el cuello; se le fija sobre un pedazo de carton.

2.<sup>a</sup> vuelta.—\* 8 cuentas pequeñas y 4 gruesas; se lleva la aguja de izquierda á derecha á través de la primera de las 4 cuentas gruesas, se ensartan otras 8 cuentas pequeñas, se lleva la aguja á través de la 13.<sup>a</sup> cuenta de la 1.<sup>a</sup> vuelta, pasando así 12 cuentas de esta.—Se vuelve siempre desde \*.

3.<sup>a</sup> vuelta.—Se hace como la anterior; pero despues de haber terminado un feston de cuentas, se lleva siempre la aguja á través de la cuenta gruesa inferior que hace parte del grupo de las 4 cuentas gruesas; despues de la 3.<sup>a</sup> vuelta, se separa el collar del carton, y se le cose en cada extremo una cinta de terciopelo ó moer, con las que se ata por detrás.

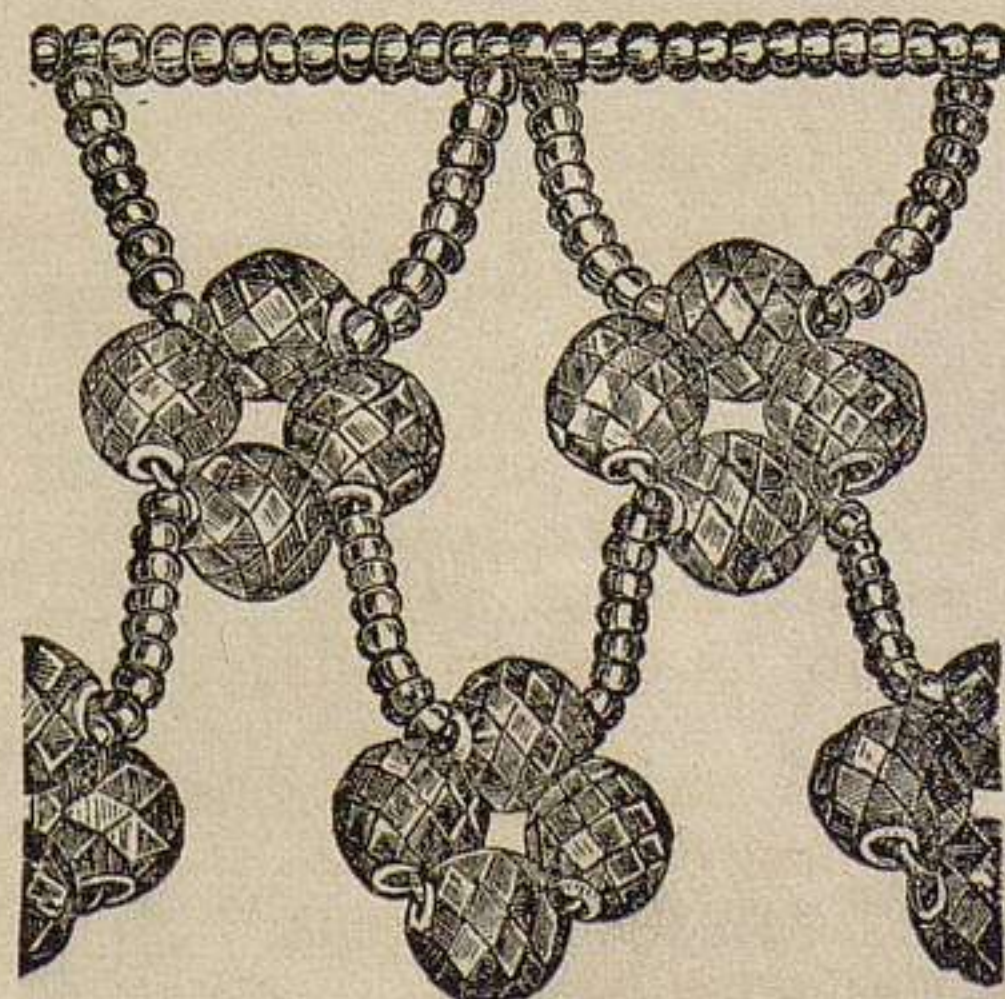
### Cortina (aplicacion de muselina sobre tul).

Aunque esta cortina sea muy rica, su ejecucion es rápida, proporcionalmente á su mérito. Se ejecuta el dibujo sobre el borde de la cortina á lo largo, ó solamente sobre su borde inferior. El salpicado debe hacerse en toda la cortina; las aplicaciones se circuyen á punto de cadeneta ó de feston. Las partes mas *males* del dibujo se obtienen por medio de una doble aplicacion (dos pedazos de muselina sobrepuestos).

JUNIO DE 1867.



TRENZA DE TERCIPELO (PEINADO) Y COLLAR DE CUENTAS.



TRENZA DE TERCIPELO (PEINADO) Y COLLAR DE CUENTAS.

### Dos dibujos para cartera, petaca, etc.

Se ejecutan estos, parte en aplicacion de terciopelo y tafetan, parte al pasado, con sedas de diferentes colores.

### Cesta.

El patron y el dibujo de uno de los adornos de la cesta se encuentran en la hoja de patrones últimamente publicada.

Esta cesta, destinada á estar colgada de la pared, se compone de un armazon hecho de bambú, mayor ó menor segun se quiera. — Una hoja muy delgada de tabla forma la parte posterior y el fondo; por delante y por los lados es de carton fino, cubierto de tafetan azul plegado. En el sitio en que se encuentran dos bambues se pone un lazo de cinta azul. La tapa, hecha igualmente de carton forrado de tafetan, lleva un adorno cortado doble de tafetan por la fig. 67 (*verso*) del dicho patron. Las dos partes cuadradas del adorno se forran de carton; el tafetan se borda con cuentas blancas de cristal.

Las cuentas mas gruesas de cristal (las del centro) se forran de paño encarnado. El fleco es de cuentas de cristal. La tapa va reunida á la cesta por lazos de cinta de 2 cents. y medio de ancho.

### Pasamanería y adornos para trages y confecciones.

N.º 1.—Rosácea de gró. — Cada hoja de las siete que la componen se forra de gasa rígida y se rodea con un vivo de raso; en el borde inferior de cada una se forman dos pliegues contrapuestos. El centro de la rosácea está ocupado por un boton grueso y plano, forrado de gró y bordado todo de cuentas.

N.º 2.—Rosácea de trencilla de lana ó seda bordada con cuentas negras; se la guarnece con un fleco de las mismas cuentas. Se cose la trencilla en cada hoja, la cual se hace por separado, principiando por el medio y trabajando sobre un pedazo de tafetan negro del tamaño y de la forma de la hoja.

N.º 3.—Rosácea con cabos, hecha de gró negro. Se la empleará, bien sea como hombrera para paletot, corpiño ó trage, bien para adornar el delantero de un trage desde el cuello hasta los piés. Para ejecutar esta rosácea, se empleará una tira de 3 cents. y medio de ancho y 38 de largo, forrada de gasa rígida, negra, ribeteada por un lado con una tira de raso negro de medio cent. de ancho, y plegada por el otro en 8 pliegues, cada uno de 1 cent. de ancho; la rosácea debe tener 8 cents. y medio de diámetro. Los dos cabos sesgados que se fijan en el centro de la rosácea, tienen cada uno 13 cents. de largo y 6 y medio de ancho en su parte mas ancha; estos cabos se orlan como la rosácea,





CORTINA (APLICACION DE MUSELINA SOBRE TUL).

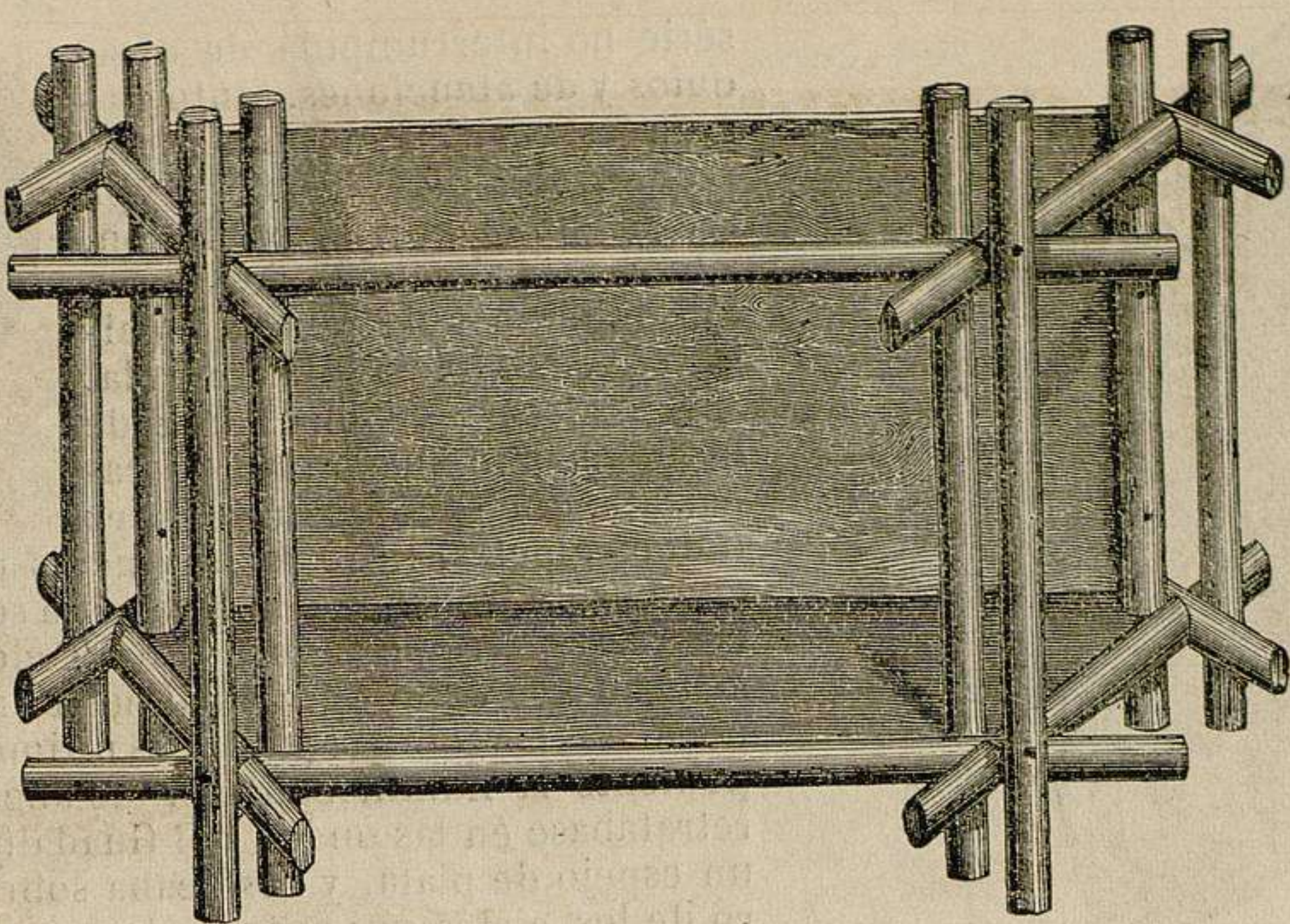


luego cada uno de ellos se adorna con cinco borlas de 7 centímetros de largo. Una tira de raso negro de 1 centímetro de ancho cubre la costura de los cabos en el centro de la rosácea.

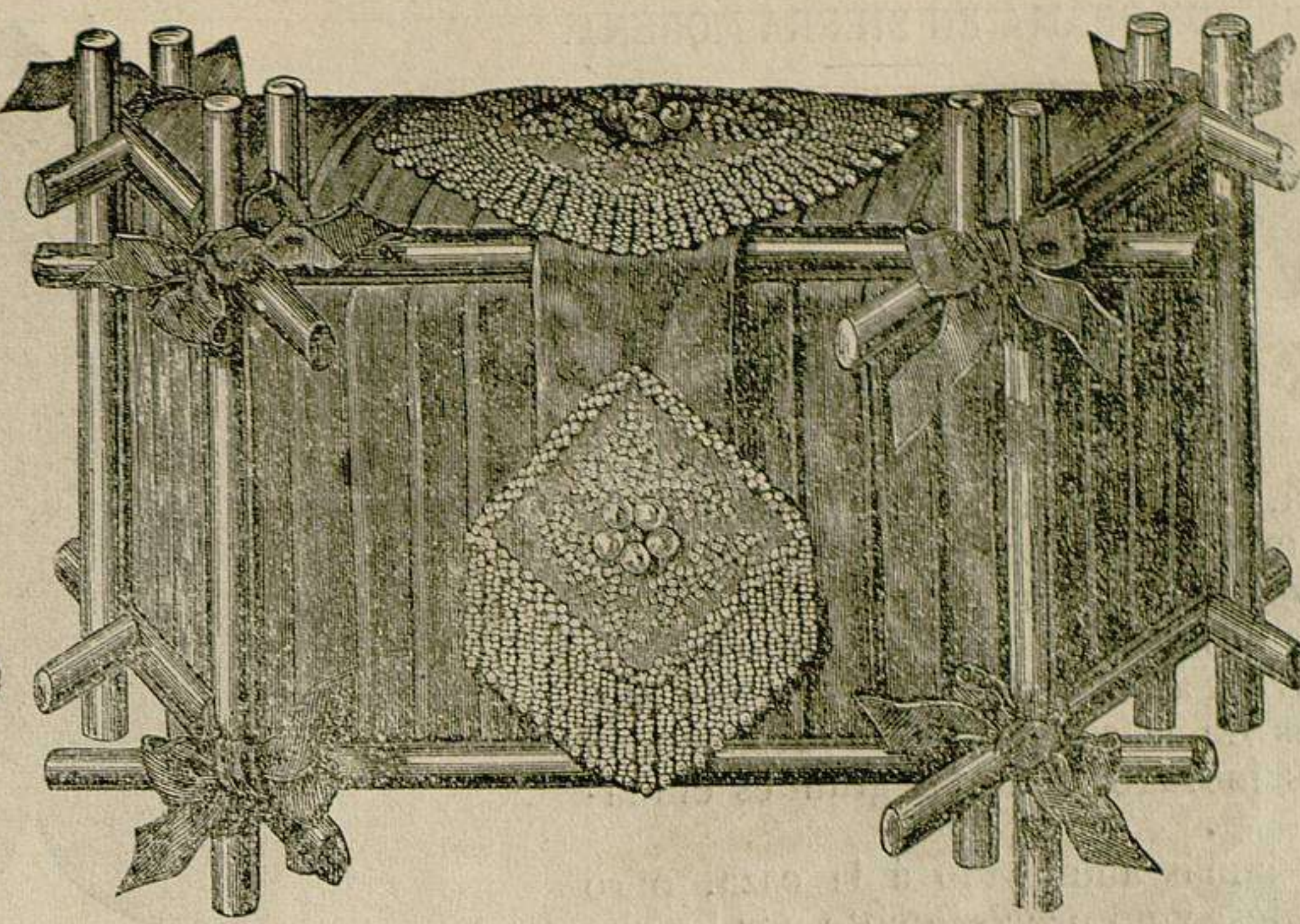
N.º 4.—Esta rosácea se hace de tafetan negro, se cubre con cañutillos pequeños, luego se rodea con una trencilla y está además cosida en espiral en el centro de la rosácea.

N.º 5.—Presilla ó alamar.—Se hace de cordon redondo adornado con cuentas cosidas; el cordon se dispone en forma de lazo, que termina en unas bolillas de madera cubiertas de seda, y de las que depende una gruesa cuenta tallada.

N.º 6 y 8.—Son unas guarniciones que la moda ha adoptado generalmente para paletots, trages, etc. Se prepara la guarnicion, ruló n.º 6, con una



ARMAÇON DE LA CESTA.



CESTA CONCLUIDA.

cias al agregado de estos rulós de color vivo que trazan los contornos de una disposicion ó forma cualquiera.— Con frecuencia los rulós son planos, es decir que en tal caso el adorno designado imper turbablemente por las costureras con la palabra *ruló*, no es sino una tira cortada al sesgo, puesta como ribete, si

REVISTA DE MODAS.

Es fácil reasumir las guarniciones actuales á pesar de sus aparentes complicaciones: dientes ó puntas y rulós, tales son los únicos elementos que entran en todas las combinaciones. Los rulós ó vivos se hacen dobles, ó triples, ó sencillos, y son, segun se quiere, mas ó menos gruesos (en este último caso rellenos con un poco de algodón); pero en todas partes se ponen: sobre los paletots, los trages, los zagalejos. Frecuentemente cuando los rulós son dobles, se los hace de dos telas, ó de dos tintas diferentes.

Estas guarniciones, se emplean muchas veces para figurar ciertas disposiciones; figuran vueltas, delanteras, cinturones largos, etc. Se hacen muchos rulós sin agregar á ellos puntas ó dientes, pero estos últimos llevan siempre rulós sobre ellos. La menor tela compone un vestido elegante, gra-

orla contornos, ó bien doblada por su mitad á lo ancho, si se la destina á trazar sobre un traje una guarnicion cualquiera; el lado del doblez no se fija sobre la tela que se va á guarnecer; la tira doblada se cose por su lado abierto, y generalmente esta costura se cubre con una trencilla, cuando no se hace con un vivo estrecho ó con otra tira al sesgo mas estrecha, de tela ó de color diferentes de la primera. Asi, pues, sobre un traje gris, se podrán emplear tiras de tafetan color castaño, que tengan,



DIBUJO PARA CARTERA, PETACA, ETC.

tira de seda de 4 cents. de ancho, forrada de tafetan; se le adorna por su borde superior con el ruló preparado con arreglo á la fig. 8; este se hace con una tira de tela de 3 centímetros de ancho, cortada al sesgo, doblada por la mitad de su ancho, y adornada en su parte media con una tira de raso de 2 cents. de ancho, doblada tambien por su mitad; en el medio de esta última tira se cose un cordon redondo.— Con las mismas tiras se preparan los bucles rectos, de 3 cents. y medio de alto, que van puestas á caballo. Su costura se cubre con una guarnicion igual á la que se acaba de describir.

N.º 7.—Se hace esta guarnicion con tiras de 5 cents. de largo, cosidas unas con otras por sus lados trasversales; estas especies de hojas se cosen detrás de una guarnicion preparada del mismo modo.

N.º 8.—Se toma una tira cortada al sesgo, de 4 á 5 cents. de ancho, se reunen sus lados trasversales poniendo un vivo de raso; así se forma el ruló para todas las guarniciones.

Botones bordados de seda ó cuenta.— El dibujo núm. 10 es una hormilla de madera forrada al crochet; los 11 y 12 van forrados de seda, y bordados con cuentas y trencilla; el 13 se borda al pasado y se adorna con cuentas; los n.ºs 14 á 20 se hordan con torzal de seda; algunos se adornan con cuentas.



DIBUJO PARA CARTERA, PETACA, ETC.

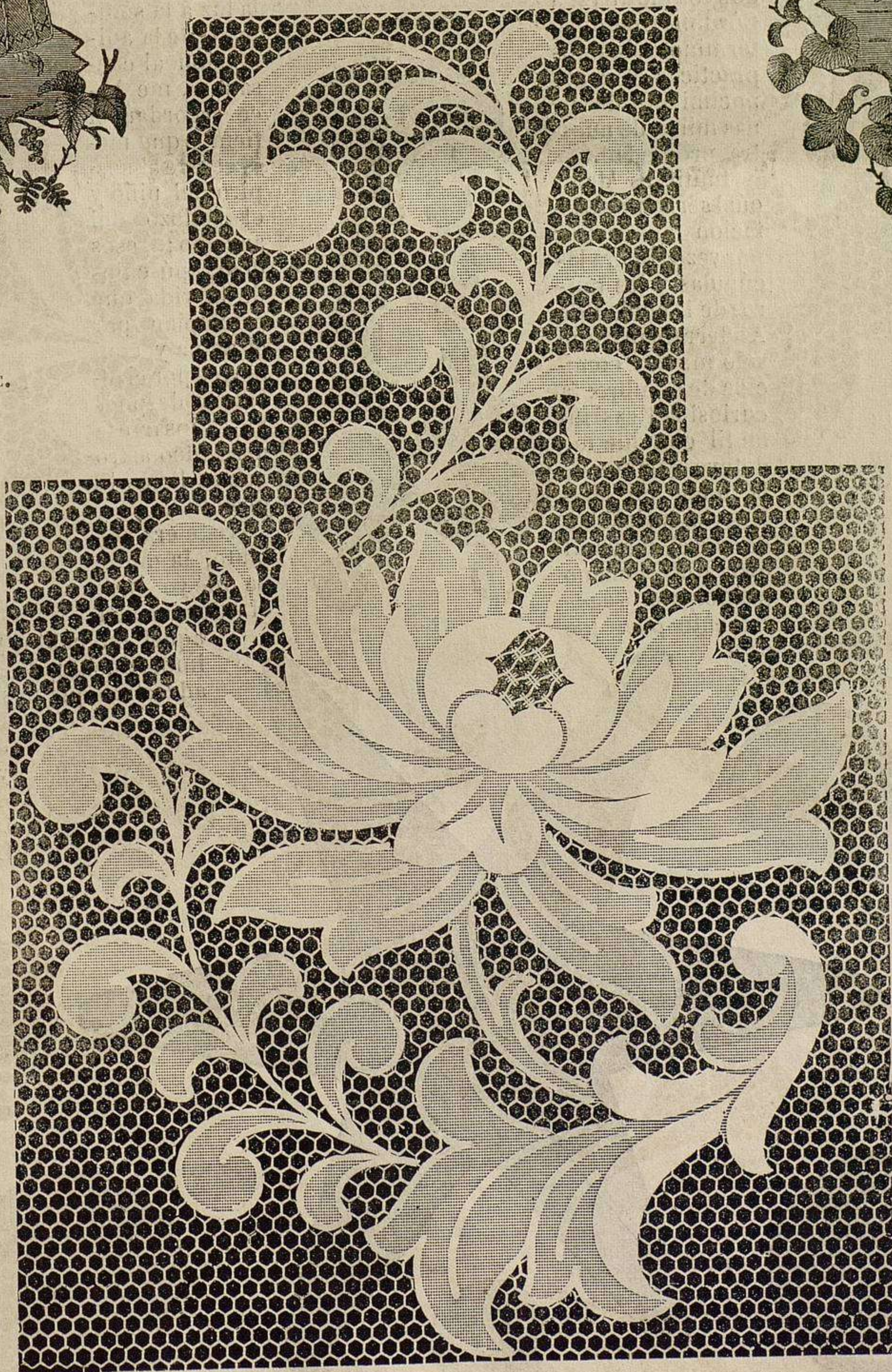
despues de cosidas, menos de 1 centímetro de ancho, y sobre ellas un vivo blanco; las jóvenes adoptarán el azul y el blanco, el negro y el encarnado, etc., debiendo siempre servir el color que mas destaque como accesorio de la guarnicion, es decir, para el vivo ó tira mas estrechos. Cuando se juntan una tira y un vivo propiamente dicho (con cordon dentro), se coloca este encima del ruló principal; cuando se ponen dos tiras al sesgo, la accesoría se pone debajo de la otra.

La ropa blanca se encuentra singularmente modificada en la moda actual: un cuello recto para los trages sencillos, y para los de mas adorno un rizado de encage, puesto en el escote y en el extremo de las mangas, esto es todo lo que permite la moda de los collares y de las vueltas, ó bien si las mangas son estrechas, otra guarnicion cualquiera.

El ahuecador reducido se ha reconocido como indispensable; ya no se trata de abandonarlo del todo: él durará tanto por lo menos como los trages cortos, imposibles de llevarse sin su asistencia.

Se hacen con las puntas de encage de lana paletots pequeños muy elegantes. Pero encuentro que esto es llevar demasiado lejos el fanatismo del paletot.

EMMELINE RAYMOND.



SALPICADO PARA LA CORTINA.



UN DRAMA EN SIERRA MORENA.

EPISODIO.

I.

La parte más pintoresca y accidentada de la Sierra Morena, es seguramente la que, principiando en la ermitas de Córdoba, va á concluir en los confines

de Extremadura. La naturaleza se presenta allí rodeada de sus mas bellos atractivos: bosques cubiertos de una vejetacion agreste y casi primitiva; praderas deliciosas bordadas por caprichosos arroyuelos; todo convida al viajero y al cazador con esos goces misteriosos de la soledad, que desconocen por completo los moradores de las grandes ciudades.

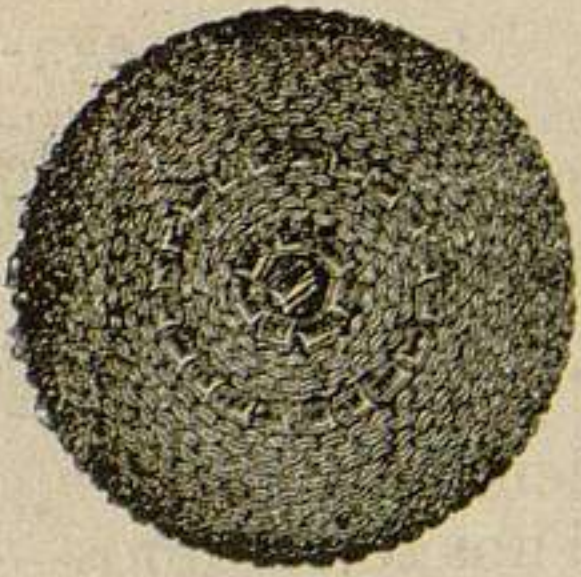
Yo no he sido jamás aficionado á la caza, pero deliro por los viajes; y no precisamente por lo que en ellos se aprende, segun vulgarmente se dice, sino por lo que en ellos se olvida. Yo cambiaria todos los placeres que proporcionan la riqueza y el bienestar, por las fatigas y los peligros de una caravana á través del desierto; prefiero el silencio de las montañas al bullicio de los salones, y no hay música que me agrada más que la que produce sobre los carriles el galope de una locomotora.

Por eso aproveché gozoso, hace algunos años, una

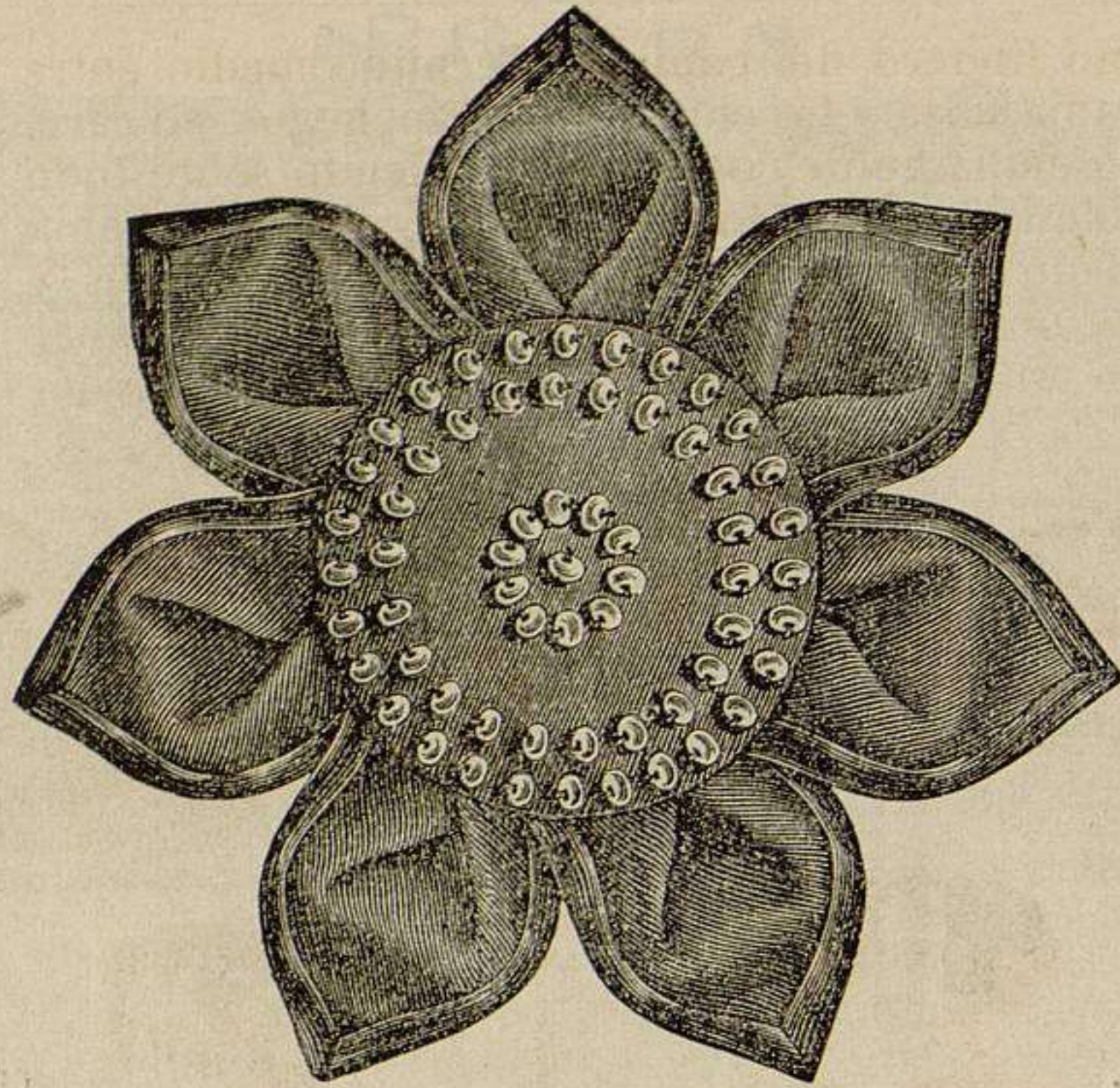
série no interrumpida de obsequios y de atenciones, tanto mas grandes cuanto eran mas inmerecidos; dos dias despues, repito, abandonamos la poblacion, y tomamos el camino de la sierra, donde nos llamaba la comision que nos habia sido confiada.

Era al caer de una tarde de otoño cuando nuestra alegre cabalgata, que se componia de diez ó doce ginetes, llegó á las afueras de la ciudad, y comenzó á trepar por la escabrosa senda que dá acceso á la sierra por aquel lado. Todos hicimos alto al llegar á la cumbre, y dirigimos la misma cariñosa mirada á la vecina capital. Los últimos rayos del sol poniente la iluminaban con melancólicos reflejos; retratábase en las ondas del Guadalquivir como en un espejo de plata, y destacaba sobre el azul oscuro de los cielos sus esbeltas torres que todavía parecian desde léjos minaretes, y los corpulentos árboles de las cercanas lomas, que acaso prestaran sombra en otro tiempo á los califas.

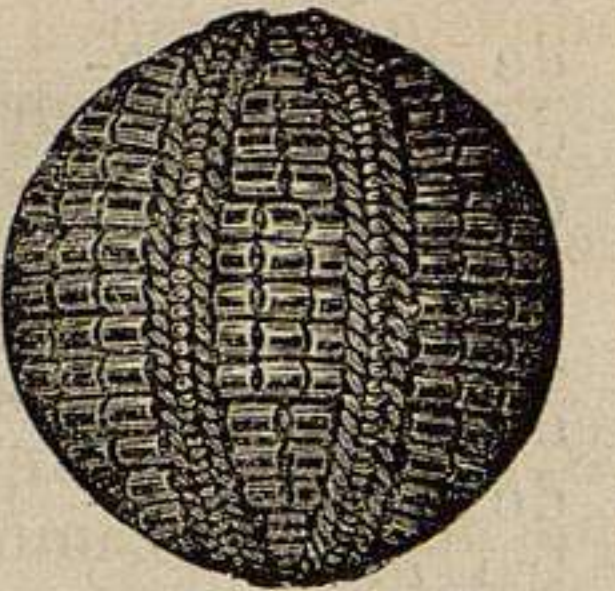
No he sabido nunca explicarme el por qué, pero me entristecen todos los crepúsculos; lo mismo el de la aurora que nace que el de la existencia que huye; lo mismo el crepúsculo de las pasiones



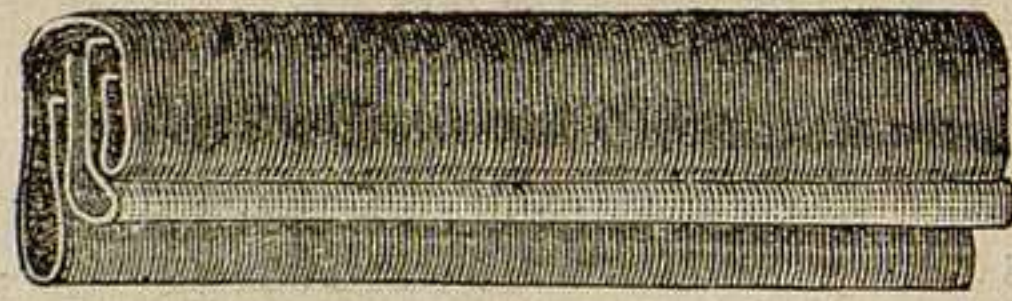
N.º 10.



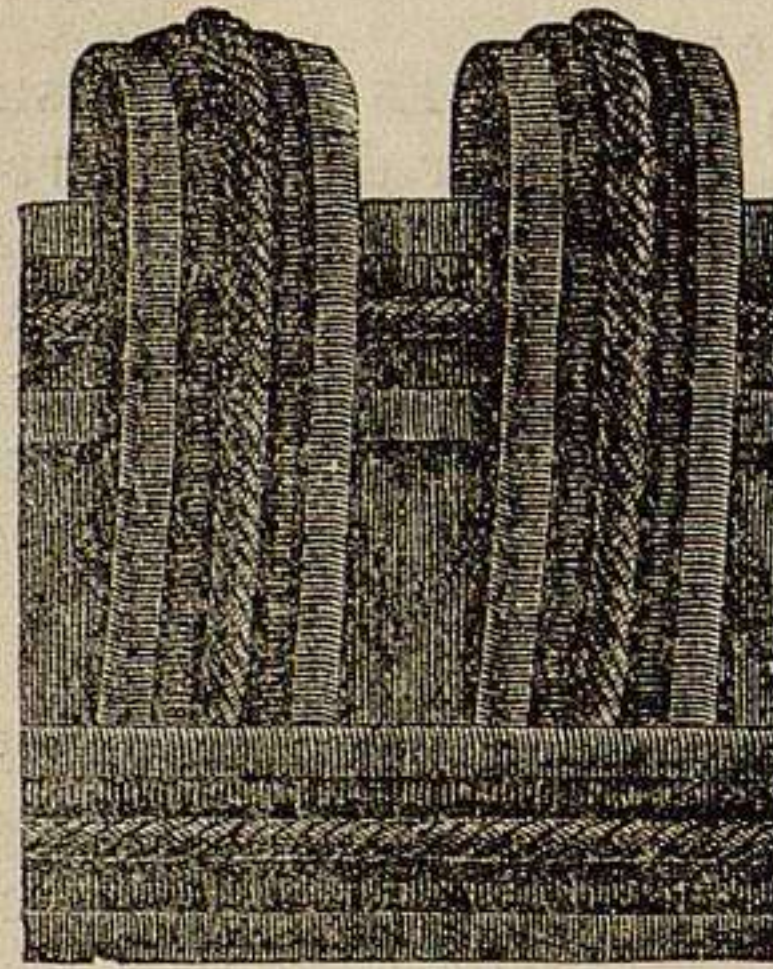
N.º 1.



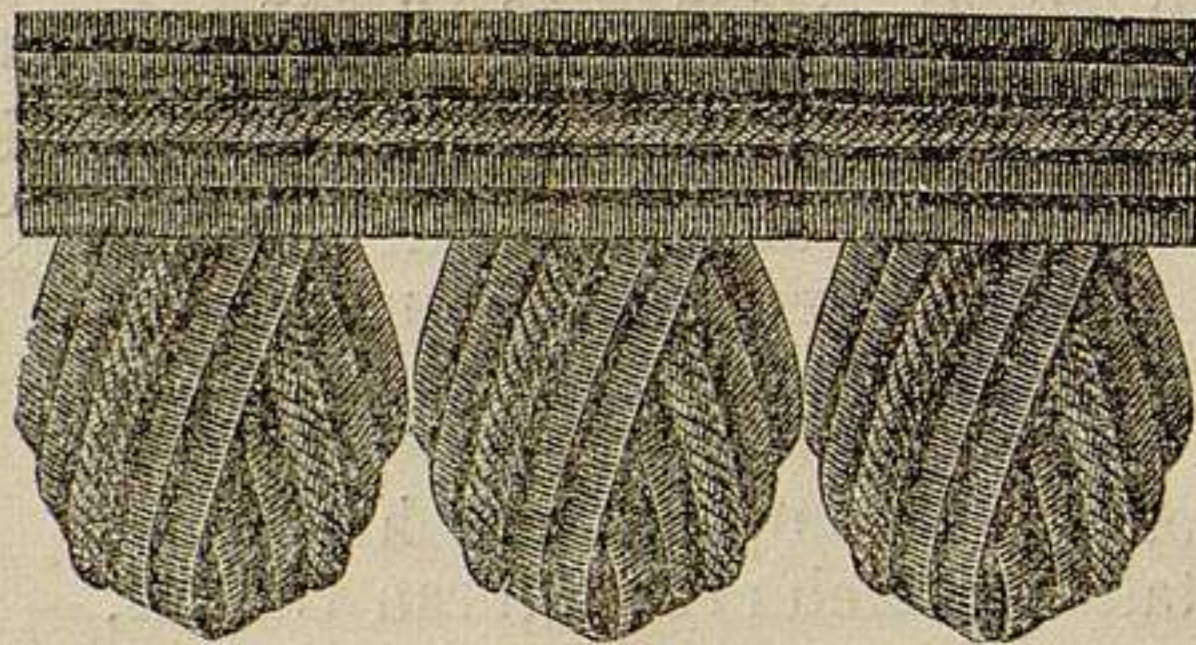
N.º 12.



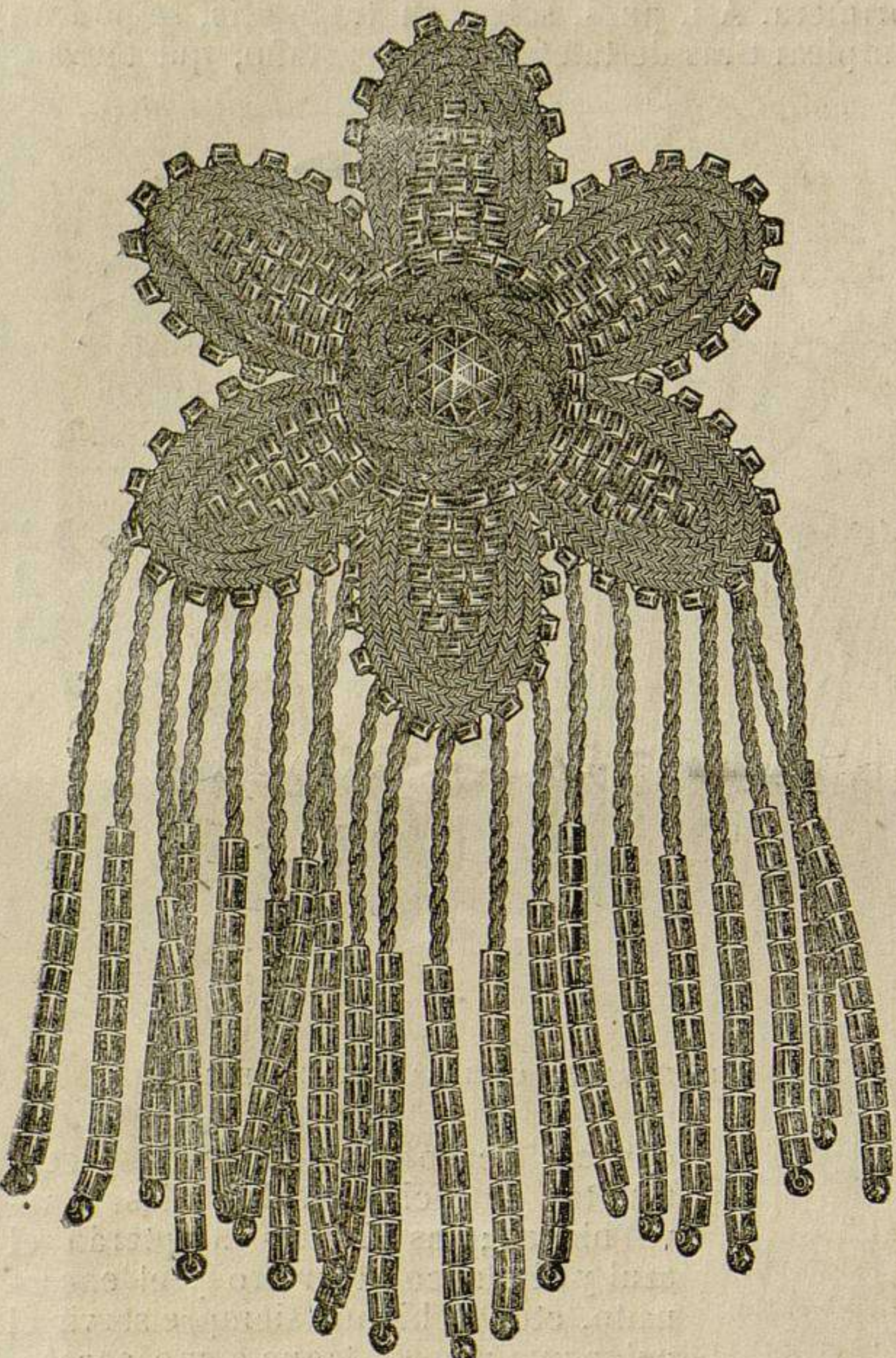
N.º 7.



N.º 6.



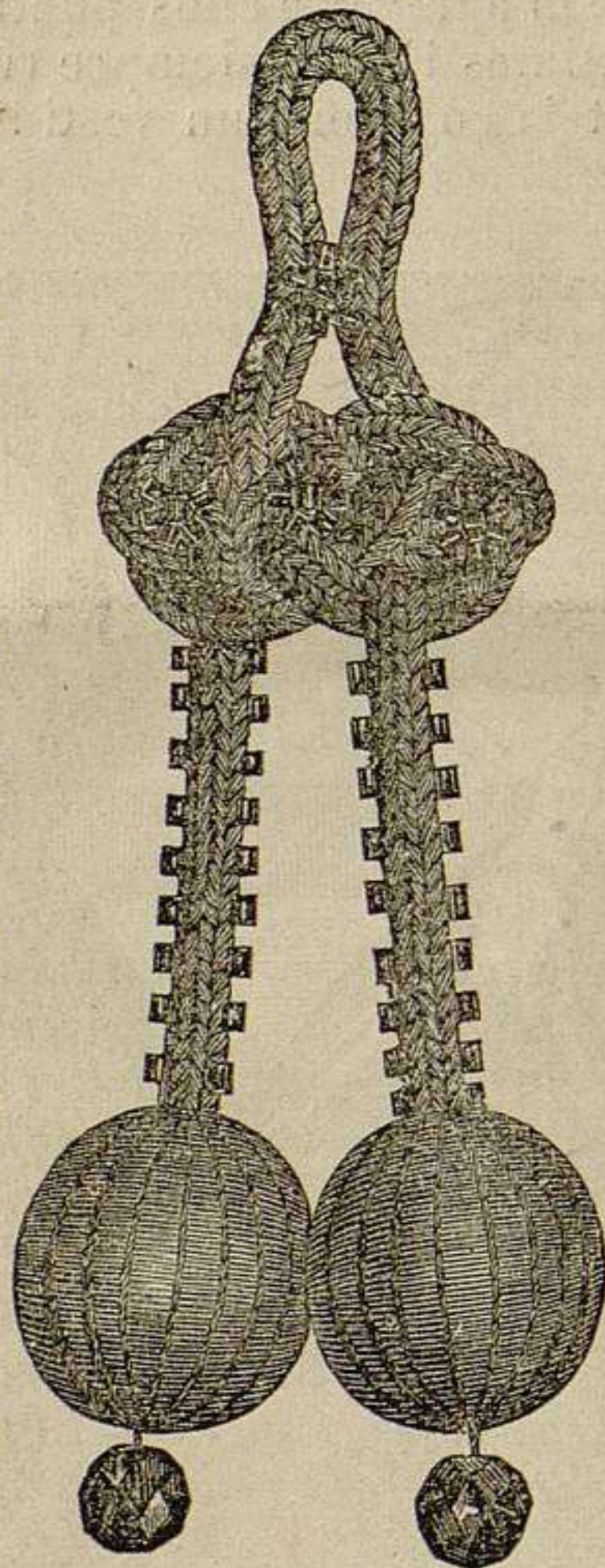
N.º 8.



N.º 2.

ocasion que se me presentaba, y acompañado de dos amigos me dirigí á Córdoba, en cuyo término debiamos practicar el reconocimiento de unas minas de nuestra propiedad.

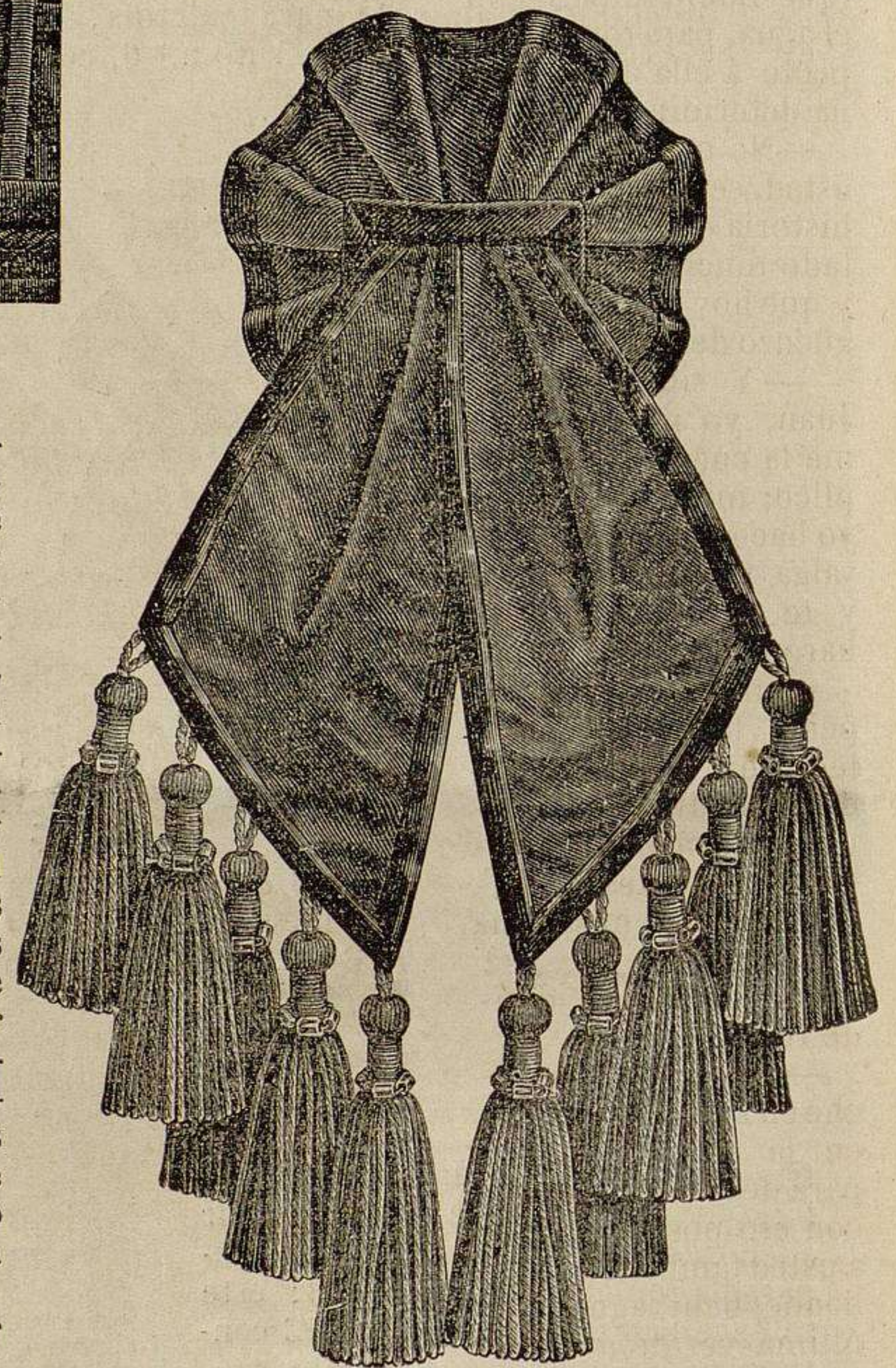
Inútil es decir cuál sería mi satisfacción al divisar por vez primera las cúpulas y los muros de la ciudad de Abderraman, que solo me era conocida de nombre; la curiosidad casi infantil con que me detuve delante de la torre de Mal-Muerta, curiosidad de que el mayoral de la diligencia no participaba seguramente pues me



N.º 5.

que el de las alegrías; ese paso inflexible de la luz á la sombra ó de la animacion al cansancio, me hace recordar el tiempo que media entre el suspiro del niño y el sollozo del anciano; esos dos crepúsculos de la vida que principian por el amor y concluyen por el olvido, despues de eclipsar ese magnífico astro que se llama la juventud.

Triste era por tanto, la mirada que yo dirigí á Córdoba en



N.º 3.

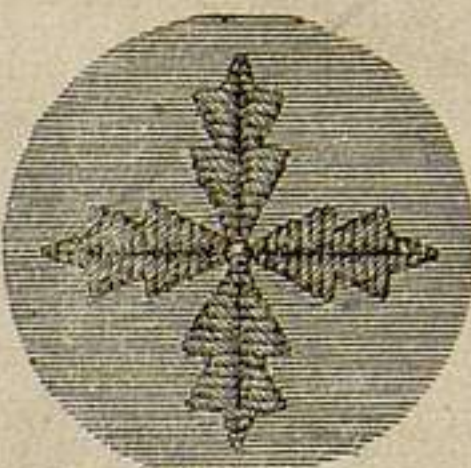
aquel momento, y acaso hubiera sido tambien tenaz é impertinente, si el trote de los caballos no me hubiera advertido que nos poniamos en marcha, y que no estaba bien que yo formara con los últimos del escuadron. Piqué, pues, espuelas al mio, y no tardé mucho en adelantarles á todos, más que por diligencia de mi parte, por excesiva tolerancia de la suya.

Un solo ginete tenia á mi lado; era Juan, uno de los mozos que nos servian de guías, y que conocia la sierra palmo á palmo, razon por la cual trabamos muy pronto amistosa conversacion.

—Dime, Juan, pregunté yo, ¿están muy léjos esas

dejó á pié y siguió su camino sin cuidarse de mis meditaciones; inútil es tambien añadir que pocas horas despues de haber depositado mi equipaje en la fonda de Ricci, ya habia yo visitado la mezquita y la columna del Triunfo, disputado con varios sacristanes sobre la antigüedad de algunas iglesias góticas, y admirado desde los terrados del presidio los bellos jardines árabes de la posesion del señor Rios Rosas.

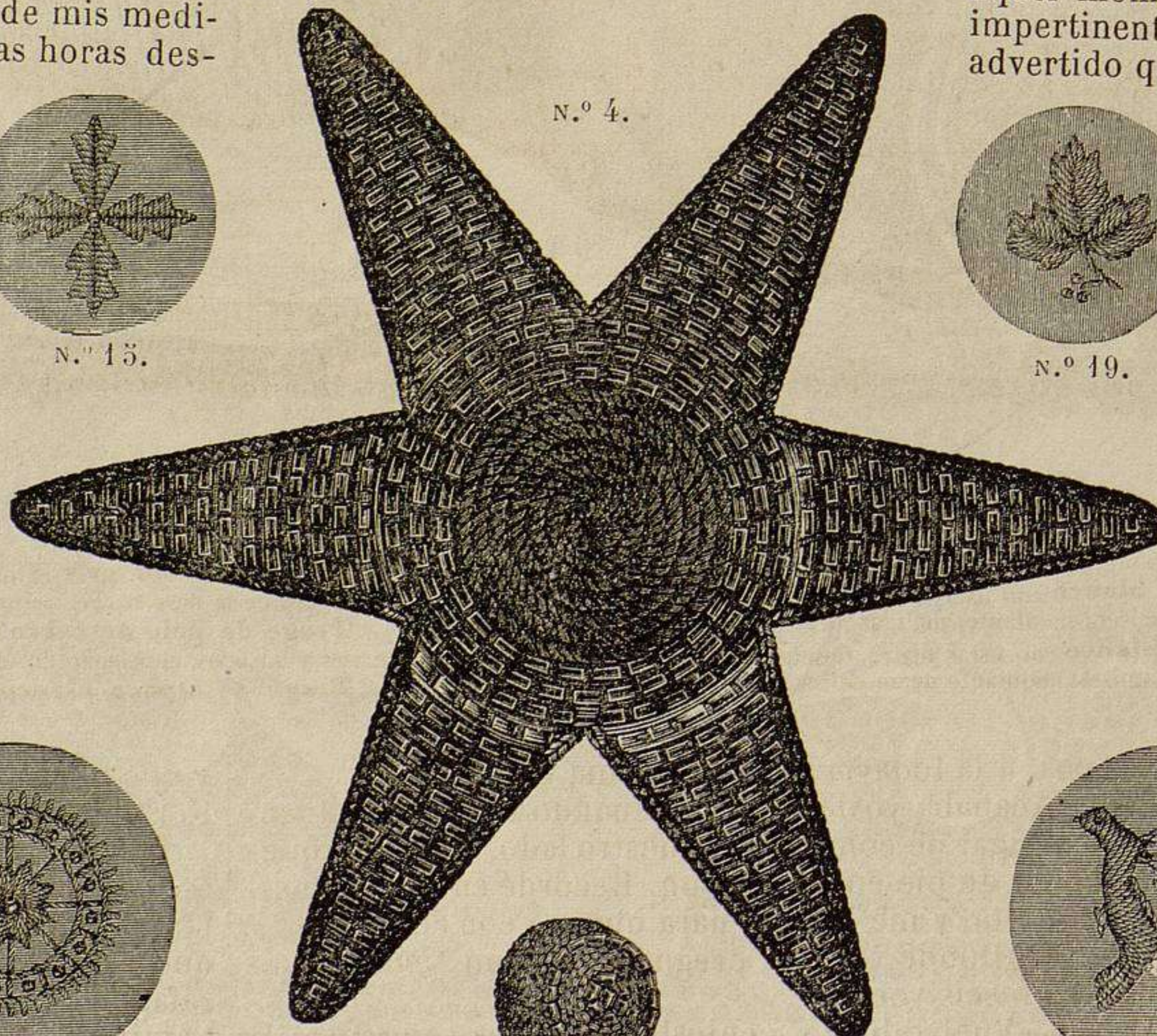
Dos dias despues de nuestra llegada, dias que yo no olvidaré nunca, pues fueron para mi una



N.º 15.



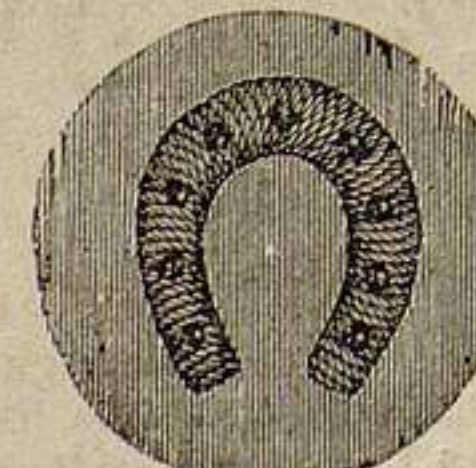
N.º 16.



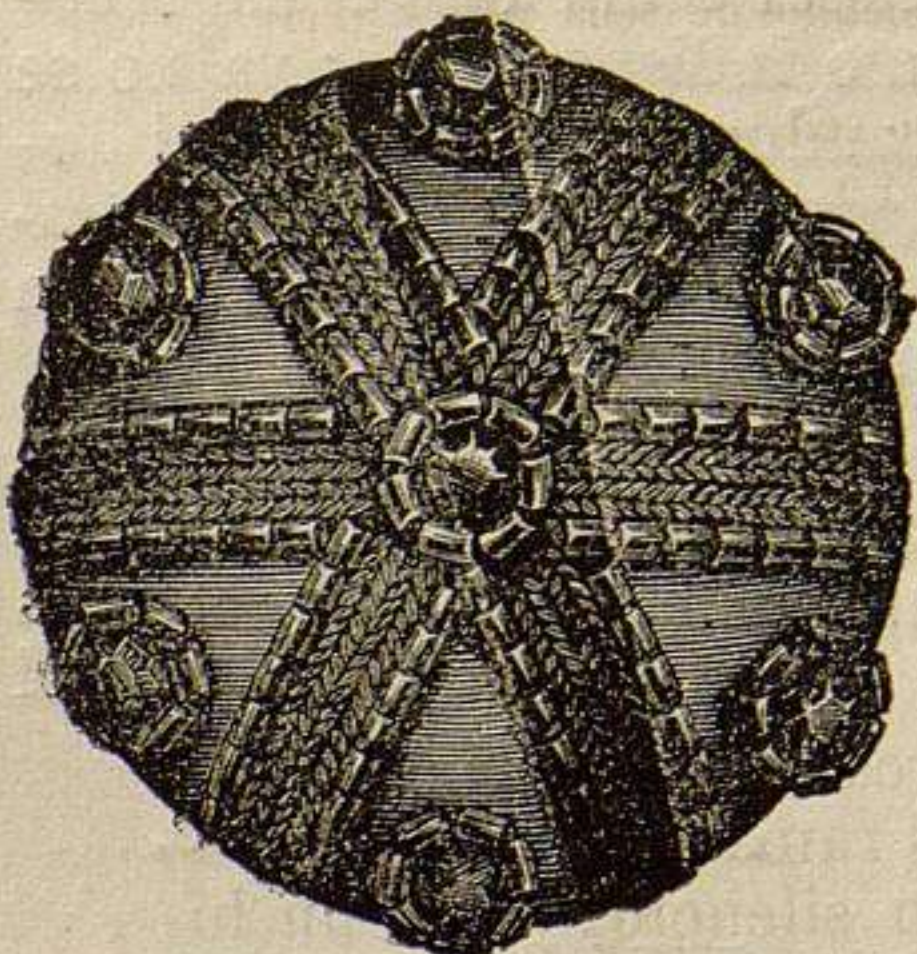
N.º 4.



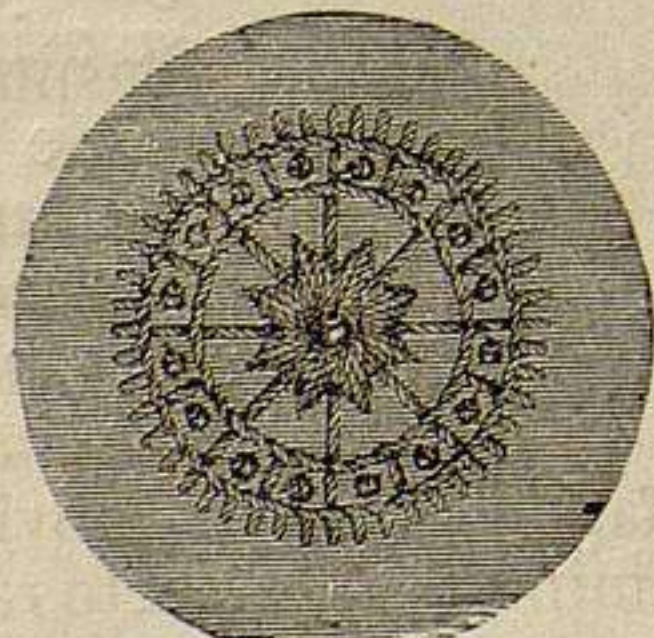
N.º 19.



N.º 18.



N.º 13.



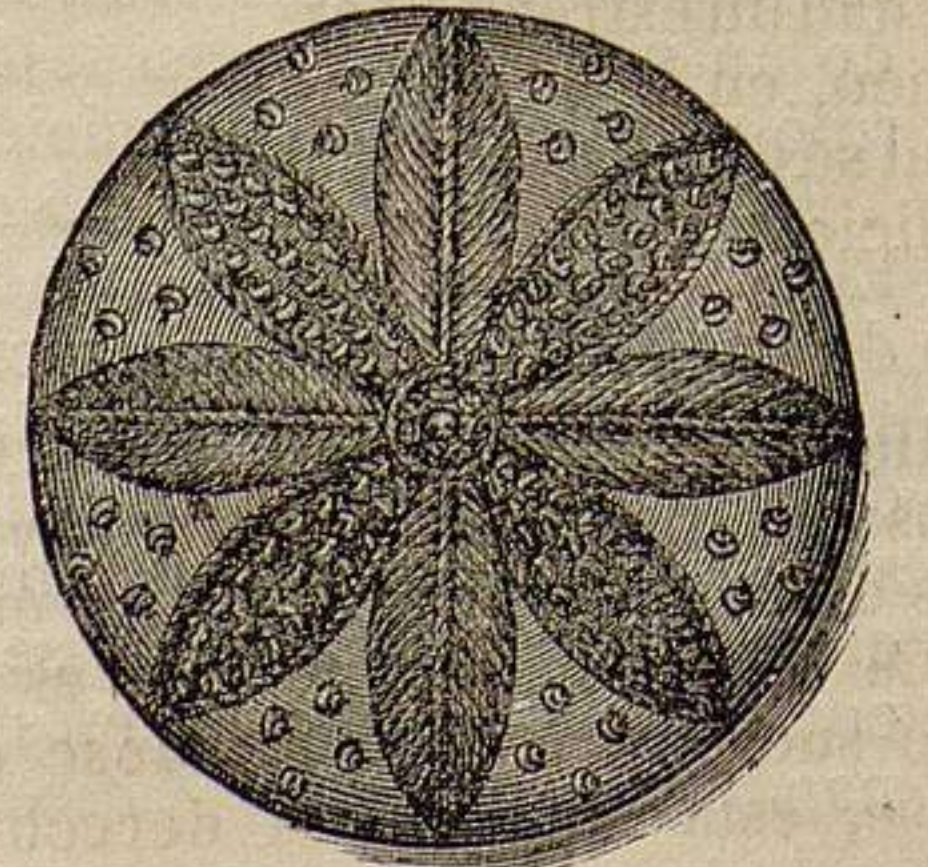
N.º 17.



N.º 11.



N.º 20.



N.º 14.



minas que vamos á visitar?

—¡Qué! no, señor, me respondió tranquilamente; yendo como iremos por los atajos, apenas distarán ocho ó diez leguas.

—¿Y por la carretera?

—Eso es otra cosa; por la carretera de Belmez y Espiel, que es la que está mas cerca, tendríamos que doblar el camino.

—¿Y son peligrosas las sendas por donde vamos?

—¿Quiere usted callar, señorito? En esta sierra verá usted qué sitios encontramos por ahí abajo, y qué aguas vamos, es decir, va usted á beber tan exquisitas.

—¿Pues qué, Juan, tú no bebes agua?

—No, señor, no la bebo, porque así lo juré hace cinco años, y Dios me castigue si falto alguna vez á mi juramento.

—Pero, hombre, y ¿qué diablo te pasó con el agua, para tomar respecto á ella tan extraña determinación.

—No me lo pregunte usted, señorito; es una historia que me ha costado muchas lágrimas, y que hoy casi me avergüenzo de referir.

—Y sin embargo, Juan, yo necesito que me la cuentes; te lo suplico; mira tú si puedo yo hacerte un favor que valga tanto como ese, y te prometo que lo haré.

—Entonces, si es empeño, la contaré á usted, pero á usted solo, donde nadie pueda vernos ni oírnos, y prometiéndome antes no hablar de ello á mis compañeros.

—Será cómo y dónde tú quieras.

—Pues bien, esta noche en la Venta Blanca, en la que pararemos para descansar un rato; con eso podré enseñar á usted también el sitio donde bebí agua por última vez de mi vida.

—Corriente; y cuando yo conozca el sitio y la historia, milagro será que no la bebamos juntos, ¡qué diablo!

—Eso no, señorito; usted beberá agua y yo vino.

—Lo mismo da: beberemos vino los dos.

La luna asomó entonces detrás de un pliegue de la sierra; saludámosla todos entonando los primeros compases del ária de Norma, y encendiendo un exquisito habano, nos colocamos de uno en uno para pasar con mas facilidad un estrecho barranco, en el fondo del cual se descubría el mas delicioso de los valles.



EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

**Trage de coselete**, hecho de musgo marino lila, chiné de negro y blanco; dos rulos de raso lila guarnecen la enagua. Corpiño de muselina blanca plegada, con camiseta de muselina lisa.

**Trage de sultana blanca** con listas azules. Corpiño y mangas cortas con rizados de tafetan azul. Camiseta montante; mangas largas en ella de muselina.

**Trage de fulard blanco** con listas maiz. Coselete tafetan azul con entredado de terciopelo negro. Camiseta montante de muselina.

**Niño de 6 á 8 años.**—Vestido compuesto de pantalon corto y chaqueta larga, de popelina color castaño.

**Trage de moer gris** chiné, con galones y cascabelillos de seda negra. (Primera figura de la derecha del segundo término.)

**Trage de pelo de cabra gris-Suecia**, orlado con vivos alternativamente grises y blancos, cubriendo un espacio de 8 centímetros.

**Trage de alpaca blanco**, adornado con tiras y presillas de tafetan azul.

cos, á la todavía brillante llama del hogar.

Acababa yo de sentarme cuando advertí que Juan, en lugar de colocarse á nuestro lado, se habia quedado de pié en el portalon. Recordé entonces nuestra cita, y me levanté para unirme con él.

—¿Dónde vas? me preguntaron á un tiempo cuatro ó seis voces.

—Vuelvo luego, contesté; mientras se prepara la cena, voy á darme dos paseos por el monte.

—Cuidado, señorito, añadió el posadero viéndome

descorrer el cerrojo de la puerta.

—¡No hay cuidado, señores, viene conmigo! exclamó Juan con acento en que creí yo notar algo de burlon.

—Corriente, dijeron todos; pero no olvideis que muy pronto se dará principio á la cena.

—Avisen ustedes con un silbido si nos retrasamos

y cinco minutos despues estaremos aquí el señorito y yo, replicó Juan.

Ya nos habíamos internado en el monte, y aún escuchábamos el ruido de nuestros compañeros de la Venta Blanca. La noche estaba despejada, aunque algo fria; eran muy cerca de las once, y ni una ráfaga de viento movia las ramas de los árboles. Caminamos un cortorato en silencio, y por fin hicimos alto en una especie de plazoleta, por cuyo centro se deslizaba suavemente un cristalino arroyo.

II.

Habia refrescado bastante la noche, y nos sentíamos ya un si es no es molidos y traqueados, cuando nos detuvimos delante de la Venta Blanca.

La Venta Blanca, que lo es en efecto contra lo que suele suceder tratándose de edificios de esta clase, está situada á la derecha de la carretera, y enfrente de un espesísimo monte que avanza hasta el



Sentóse mi compañero en un ribazo, invitándome á hacer lo mismo, y despues de dirigir una mirada sombría á su alrededor, exclamó:

—Oigame usted ahora, señorito; y sobretodo, no tenga usted miedo.

—¡Miedo! ¿de qué? murmuré llevando maquinalmente la mano á mi cuchillo de caza.

Apénas huhe pronunciado estas palabras, se agitaron ligeramente las hojas de los matorrales próximos, y me pareció ver cruzar por en medio de ellos una sombra. Yo me puse en pié como movido por un resorte.

—¿Qué es eso, Juan? pregunté con una curiosidad no exenta de terror.

—No es nada, qué diablo! siéntese usted; por algo hacia yo bien en prevenirle.

—Pues yo he visto menearse apuel matorral, y juraría que no era un perro lo que allí había.

—Y acertaría usted, señorito, porque lo que ha visto usted pasar es un lobo.

—¡Hola! ¿y lo dices con esa calma?

—¿Por qué no? Precisamente el sitio en que estamos puede decirse que es su cuartel general; en las noches de invierno rondan la Venta Blanca como si fueran reclutas, y hay que encerrar dentro hasta las caballerías, pues no sería la primera que han devorado, por haberla atado el dueño á una reja mientras entraba á tomar un vaso de vino.

—Pero ¿y ahora?

—Ahora los lobos no se meten con nadie; el que ha pasado vendrá perseguido por algunos pastores, que andan siempre á caza de ellos para que les den los amos una buena propina: ¿no lo dije? oiga usted cómo se dan la voz de alarma.

—Efectivamente, se oía á lo léjos una especie de grito prolongado como si saliese de una bocina, y dominando al grito el lento y amenazador ladrido de los mastines.

—Entonces fui yo quien poniendo una mano en el hombro de Juan, y suplicándole me dispensase si le había interrumpido, le dije:

—Puedes empezar cuando guste; te escucho con el mas vivo y cariñoso interés.

Juan se apresuró á corresponder al cumplido con una triste pero afable sonrisa, y comenzó de este modo su narracion.

### III.

«Era yo todavía muy niño cuando mi padre, natural de Lucena y dueño de una de las mejores posadas de esta villa, á consecuencia de algunos quebrantos de salud y fortuna, determinó abandonarla, y se estableció con su familia en un pueblo de estas inmediaciones, edificando además un buen parador, cuyas ruinas puede usted ver si quiere, no lejos de la Venta Blanca.

»Este parador corría á cargo de mi madre, que habitaba en él en compañía de mi hermano mayor, y de una pobre niña recogida á poco de nacer en mi casa, y criada en ella con una ternura y un regalo solo comparables á su bondad y su hermosura.

»Araceli, que así se llamaba, era como suele decirse, el ángel de la casa: áun no tenía diez años y ya dividía con mi madre todo el peso de las faenas domésticas; ajustaba la cuenta á los viajeros, encantábales con su conversacion, y acudía á todas partes, siempre solícita, siempre alegre, y cada dia mas interesante.

»Yo no sé á punto fijo la causa, pero á los pocos años de esta vida, mi padre abandonó los trabajos agrícolas á que se había dedicado en el pueblo, vendió las tierras que poseíamos en él, y vino á habitar con nosotros en el parador.

»Reunida ya la familia, y cansada la mala suerte de intervenir en nuestros negocios, vimos pasar mucho tiempo en medio de la dicha, y casi llegamos á olvidar todas las amarguras sufridas. Casóse por entonces mi hermano, separándose de nosotros, y hasta se resolvió en nuestro favor un pleito que seguíamos en Lucena sobre unos suministros hechos por mi padre durante la guerra civil.

»A todo esto, yo había llegado á ser un moceton de diez y ocho ó veinte años, ágil y robusto, tan dispuesto á bailar con las mozas como á perseguir á los jabalíes, pero incapaz de ofender á nadie ni de abrigar un mal pensamiento. Solo tenía una antipatía, lo confieso: el objeto de ella era un guarda de monte, que se pasaba casi todo el dia en el parador, siempre contando proezas de que nadie había sido testigo, y en las que, ya que no otra cosa, se adivinaba un carácter astuto, vengativo y feroz. Esta antipatía, que yo trataba inútilmente de destruir, era sin embargo, fundada; aquel miserable había puesto los ojos en Araceli, y la perseguía á todas horas con las declaraciones de su amor, cuando no con las exigencias de su deseo. Y yo, señorito, amaba á Araceli; amaba á la dulce compañera de mi infancia, que hu-

biera sido un dia la compañera de mi vejez; la amaba con el doble cariño del amante y del hermano; y aunque no se lo había dicho por temor de disgustar á mi familia, y perder quizá la tierna intimidad en que vivíamos, ella no lo ignoraba, y su desden para con todo el mundo era la recompensa que ofrecía de continuo á mi amor.

»Esta situación tan peligrosa para ámbos, y que hacia más insuportable aún la tenacidad del guarda debía tener un término y le tuvo. Una mañana en que Araceli y yo nos habíamos levantado mas temprano que de costumbre, salimos á dar un paseo por el camino, y á la luz del sol que despuntaba, nos hicimos el juramento de amarnos siempre y de vivir el uno para el otro. Entonces ella me refirió con todos sus pormenores la persecucion de que era víctima, las asechanzas que en varias ocasiones había tendido contra su honor el infame Estéban, y las que debía temer aún, á creer lo que le anunciaban en un anónimo que me enseñó. En vista de estos temores, y dueño yo por completo del alma de Araceli, no vacilé en tomar una seria determinacion. Busqué al guarda, le referí lo que sabía, y no recuerdo si quiera lo que pasó entre nosotros; lo único que puedo asegurar á usted es que Estéban no volvió á poner los piés en nuestra posada.

»Desgraciadamente la necesidad de buscar un sustituto que me librara del servicio de las armas, me obligó á marchar á Córdoba por algunos dias. Las primeras cartas de Araceli me hicieron menos amarga la ausencia; la última me obligó á volver á su lado inmediatamente. El párrafo final de esta carta, decia; — «Juan; si es verdad que me quieres tanto como creo, no me dejes sola más tiempo: ven en mi socorro.»

»Serian las cuatro de la tarde cuando yo leí estas líneas, que sin saber por qué me llenaron de terror; una hora despues había dejado la capital. A medida que avanzaba por la sierra, parecia que un velo sombrío se extendía delante de mis ojos; me era preciso algunas veces contener el galope de mi caballo para respirar, y creo que sin el aire de la noche hubiera caído sofocado de calor en medio del camino, á pesar de que nos hallábamos á mediados de Enero.

»Por fin, tras cinco ó seis horas de una carrera desalentada y loca, logré divisar á la clara luz de la luna las altas paredes de mi casa, macizas como las de un monasterio, y sus dos cuadradas chimeneas, cada una de las cuales hubiera podido servir de choza á un pastor. Entonces me detuve, y apeándome del caballo, pensé un instante en lo que debía hacer. Llegar á aquella hora á mi casa sin aviso de ninguna especie, solo, y con la agitacion que me poseía, era cuando ménos una ligereza, que no habría dejado de extrañar á mi familia; tomé, pues, el partido de esperar que pasaran algunos arrieros, para unirme á ellos y dar á mi presentación el carácter de una broma. Esta espera me serviría además para tranquilizarme, y observar si mi rival, creyéndome léjos rondaba como en otro tiempo, ó cantaba coplas debajo de las ventanas de Araceli.

»Para conseguir mi intento, até mi caballo á bastante distancia de la casa, descolgué de él mi retaco, y oculto entre los árboles me adelanté hasta llegar frente del parador. La calma y la oscuridad más completa reinaban en él. Era indudable que la gente se había recogido temprano, apagándose á la misma hora la lumbre de las cocinas y los murmullos del portal. Este silencio, que en otras ocasiones me habría sido indiferente, y acaso agradable, me hizo en aquella estremecerme á mi pesar, y sentí que un sudor frío bañaba mi frente; secóse mi garganta, mis ojos se desvanecieron, dobláronse mis piernas, y me ví precisado á sentarme en el suelo durante un corto rato. Pero me repuse en seguida, y atribuyendo á la rapidez del viaje ó á la debilidad del estómago, aquel extraño mareo me levanté, y vine á buscar en ese arroyo la frescura que mi paladar y mi frente necesitaban.»

Juan hizo un pequeño alto al llegar á este punto de su historia, y enjugó con el revés de su mano dos lágrimas que rodaban sobre su tez morena. Yo estaba casi tan conmovido como él: ambos permanecimos mudos, y abismados quizá en el mismo pensamiento. Ibamos los dos á hablar al mismo tiempo, cuando un silbido penetrante, dado desde el camino que alarmó á todos los perros del contorno, nos dió á entender la impaciencia de nuestros compañeros.

—¡Maldita interrupcion! exclamé en voz baja.

—Al contrario, señorito, replicó Juan; no sabe usted el bien que me han hecho.

—¡Pues qué! ¿te sientes mal?

—No, señor; pero conozco que me faltan las fuerzas.

—Eso no es nada; apóyate en mí, y á cenar, ¡qué diantre! no hay que afligirse por lo que ya no tiene remedio.

Cinco minutos despues estábamos cenando en la Venta Blanca.

### IV.

Si algunos de vosotros, amados lectores, y mas amados todavía si sois lectoras, ha sido, como yo, aficionado á viajar, y conoce bajo sus fases la vida íntima de las posadas, decidme: ¿hay algo más delicioso que una noche pasada al rededor de una mesa en compañía de diez ó doce personas alegres, que viajando juntas no pueden ménos de ser amigas, y libres por consiguiente de todo lazo de etiqueta y de discrecion? Allí hay alimento para todos los gustos, y enseñanza para todas las edades; el oportuno chiste sucede á la dramática historietta; el peligro de ayer hace reflexionar friamente en el azar de mañana; y todo se comenta, y todo se refiere, como si aquellos individuos, de los que á veces no conocemos ni aun el nombre, constituyeran una sola familia, de la cual fueran todos jefes al mismo tiempo. ¡Oh dulce y encantadora poesía de los caminos reales, que nuestros hijos buscarán en vano en las vias férreas! ¡Oh inolvidables horas de la Venta Blanca, tan risueñas y breves como mis ilusiones de minero.

No era la cena preparada por nuestros compañeros muy abundante; pero estaba, en cambio, bien sazónada, y á la altura en que nos encontrábamos podía considerarse como un verdadero festín. Cuando nos levantamos de la mesa, era tan difícil averiguar quién había comido más, como descubrir quién había bebido ménos. Lo único que no tenía duda, es que el odio que profesaba Juan al agua, existía también, sin saberlo, en nuestros corazones. Poco á poco fueron desapareciendo los comensales, repartiéndose por secciones en los cuartos que tenían dispuestos para descansar. Solo quedaron dos juntos al hogar, arropados en sus mantas y medio tendidos sobre la piedra. Eramos Juan y yo. Apenas hubo cesado todo ruido, los dos nos incorporamos simultáneamente, y atizando con un leño la ya espirante llama, proseguimos nuestra conversacion interrumpida de la sierra.

—Desea usted, señorito, exclamó Juan, saber por completo mis aventuras en aquella noche terrible; escúcheme usted, y sabrá hasta qué punto puede ser un hombre desdichado.

«Dejé, pues, como he dicho, mi caballo atado á un árbol á bastante distancia del parador, y para reponerme de la especie de desfallecimiento que sentía, me dirigí con ánimo de beber agua al cercano arroyo. Pero figúrese usted mi sorpresa y mi dolor, cuando al lado mismo del manantial, y á la claridad de la luna llena, descubrí una forma humana, y acercándome mas y mas, reconocí el cuerpo inerte de mi amada.

—¡De Araceli!

—Si, señor; de Araceli, á quien un infame acababa de asesinar. Confieso á usted que no sé lo que en aquel instante pasó por mí. Primero estreché entre mis brazos aquel cadáver todavía caliente; despues quise huir, y caí desmayado; cuando volví en mí, me lancé corriendo como un loco por medio del monte, buscando un sitio donde morir ó un hombre á quien matar. Era ya muy de dia cuando la gente del parador, alarmada por la desaparicion de Araceli, por la presencia de mi caballo encontrado por el peon caminero, y por las noticias que de mí llevaron algunos pastores, me recogió en la sierra, rendido de fatiga y casi exánime, y supo de mis labios el horrendo y misterioso crimen que debía sumir en la desgracia á una honrada familia. Una sola cosa callé, que era el nombre del que yo suponía con fundamento el asesino; esto solo sirvió para agravar más nuestra situación. Algunas personas del pueblo sabian mi reyerta con Estéban el guarda, y todos la achacaban á una cuestion de celos; esto debió llegar á noticias de la autoridad, y al dia siguiente fui preso; ¡preso yo, señorito, por sospechas de haber asesinado á mi hermana! Buscóse también á Estéban, pero inútilmente; había desaparecido aquella misma noche. Tal circunstancia, unida á mis antecedentes y á las declaraciones y pruebas que garantizaban mi inocencia, hicieron que esta se demostrase al fin, y que fuera puesto en libertad despues de seis meses de cárcel.

Desde entonces, enfermo, triste, sombrío, me dediqué á la vida de cazador, única que podía halagar mi alma y robustecer mi cuerpo, dándome de este modo fuerzas para realizar un dia mi constante propósito: la venganza.

—¿Y ese dia?...

—Ese dia llegó, señorito; porque, como dice muy bien el refran, no hay plazo que no se cumpla.

—Prosigue: tu narracion me interesa cada vez más.



—No habrían pasado dos años del asesinato de Araceli, cuando á instancias de mi familia y de algunos amigos de Córdoba que se interesaban por mí, tuve que marchar á las minas de carbon de Belmez y Espiel, acompañando á unos señores ingleses que, segun creo, iban á hacer no sé qué estudios para la construccion de un ferro-carril. Servíles hasta allí de guia; pero viendo que se deteñian demasiado, determiné volverme, y con mi escopeta al hombro, cazando de dia y durmiendo en donde me pillaba por la noche, tomé otra vez el camino de mi casa. Una tarde me habia internado mucho en el monte persiguiendo una pieza, y por más que hacía no podia encontrar el sendero que llevaba á la carretera; en esto distingo á lo lejos una miserable choza, y me dirijo á ella, porque, á la verdad, me sentia sofocado de cansancio y de sed. Llamo á la puerta y no me responden; empujo, y veo al abrirla sentado delante de un mezuquino brasero de barro un hombre entre ermitaño y pastor, pobremente vestido, y cubierto hasta los ojos con una sucia gorra de pellejo.

—Buen hombre, le dije con humildad; ¿quereis darme por favor un jarro de agua?

El habitante de la choza se levantó y vino hácia mí; pero al verme retrocedió dando un grito como si le hubiera mordido una víbora. Era él, señor, era Estéban!...

—Y bien... interrumpí yo con ansiedad.

—Sucedió lo que habia de suceder; lo que el mundo entero no hubiese impedido que sucediera. Le arrastré fuera de la choza, y cuando me hubo confesado su crimen, que yo no conocia en toda su extencion, le maté, señor; no como vosotros los caballeros creéis que debe matarse á los hombres, sino como nosotros los cazadores acostumbramos matar á las fieras.

—Pero, ¿y despues?

—Aquella noche no me fué posible dormir en poblado; al amanecer, y guiado por ese instinto ferroz de la venganza, que quiere gozar á la luz del sol de las justicias que ejecuta en la sombra, volví otra vez á la choza de Estéban, en la cual hallé reunidos varios pastores de las cercanías, y que eran sin duda alguna sus compañeros. Pero Dios no quiso darme más castigo que mis remordimientos. Yo me habia vengado de una fiera, y las fieras me habian ayudado en mi venganza. Solo la cabeza de Estéban se veia allí; el cuerpo habia sido devorado por los lobos.»

Ha pasado ya algun tiempo de todo esto; mis padres han muerto, y con los escombros de nuestro parador se ha edificado la Venta Blanca; y sin embargo, señorito, siempre que se me ha ocurrido beber agua, he recordado esos dos terribles episodios de mi vida, y el vaso se me ha caido de las manos. Vea usted porqué he jurado no beberla nunca. Ahora, para fortificarme mas y mas en mi juramento, déme usted un traguito de su bota.

Yo la tomé de la mesa donde estaba, hice con ella la salva á mi compañero, que la llevó casi con amor á sus labios, y ámbos nos quedamos profundamente dormidos,

MANUEL DEL PALACIO.

## UN COLEGIO DE SEÑORITAS EN PROVINCIA.

### TRADUCCION.

#### I.

##### LA DISTRIBUCION DE LOS PREMIOS.

Son las doce del dia: en una vasta sala alumbrada por tres grandes ventanas que dan á un jardín, se halla reunida una multitud elegante; viéndose representado en esta el bello sexo por inmensa mayoría. Se habla, se rie y se espera. Es el dia solemne de la distribucion de los premios en el colegio dirigido por la señorita Derby.

—En verdad, querida, decía una jóven á su amiga, todo lo que aquí veo me decide, y como la señorita Derby corresponda, aunque no sea mas que aproximadamente, á los buenos informes que me dais de ella, procuraré tener el valor suficiente para el fin de las vacaciones y le confiaré mi hija.

—Es lo mejor que podeis hacer, contestó la amiga, que era la esposa del señor Courtel, recaudador de contribuciones del distrito. La Providencia nos ha enviado aquí esa jóven encantadora, permitiéndonos de este modo conservar á nuestros hijos cerca y procurarles una educacion enteramente parisiense; porque Blanca es una parisiense en la mas bella acepcion de la palabra. Y, añadió bajando la voz, ya sabeis que no todas las parisienses son...parisienses.

—Por ejemplo, la señora Bontemps, añadió la otra dama en el mismo tono.

—Silencio! Ahí está su marido, se apresuró á exclamar la señora de Courtel; y ámbas amigas cambiaron una son-

risa impregnada de maledicencia.

—Buenos dias, señor Bontemps, dijo la señora de Courtel dirigiéndose á un hombre de poca estatura, de aspecto bonachon, que se acercaba para saludarla, ¿cómo estais? ¿Qué tal se encuentra vuestra querida mitad?

—Tiene su jaqueca acostumbrada, respondió el señor Bontemps, inclinándose profundamente ante las dos amigas.

—Oh! repuso la señora de Courtel, qué sensible debe serle á esa pobre madre no poder asistir al triunfo de su hija!

—Perdonad, señora, replicó el señor Bontemps, me ha dicho, por el contrario, que, aunque debiese morir, colocaria ella misma la corona sobre la cabeza de su hija; y mi autoridad de marido ha tenido que ceder.

—Jesus! dijo la señora de Courtel con cierto aire de hipocresía, pobre señora Bontemps!

—Ya tendremos un ataque de nervios por lo menos, añadió por lo bajo, su amiga.

—Querido señor Bontemps, continuó la de Courtel, vos que sois como de la casa; decidnos francamente si participais del entusiasmo que inspira la jóven directora del colegio á todas las personas que se aproximan á ella.

—Sí y no, señora. Para responderos, *todavía es temprano*; como dice mi esposa, contestó el prudente profesor de música, (pues tal era el cargo que desempeñaba el señor Bontemps en la casa de educacion establecida hacia seis meses en la ciudad de \*\*\* por la jóven y bella parisiense que era objeto de aquella cuestion en este instante).

Una hermosa niña morena, de siete á ocho años de edad, apareció en este mismo momento, y se suspendió, de un salto, del cuello de la señora de Courtel.

—Buenos dias, Enriqueta, buenos dias, hija mia; ¿piensas darme hoy un dia de satisfaccion? ¿Vas á ofrecermé muchas coronas?

—Oh! mamá, dijo la niña con cierto tono serio que contrastaba con su fisonomía llena de travesura, ¡oh! mamá, todavía es temprano!

—Por lo visto, exclamó la amiga de la señora de Courtel, esa frase está aquí de moda.

—Es decir, preguntó esta á su hija, que no obtendrás ningun premio?

—Oh! No digo eso. ¡La pequeña mamá es tan buena!

—Hé ahí un elogio que no es sospechoso, añadió la señora de Courtel dirigiéndose á su amiga. No sé verdaderamente cómo se gobierna esa jóven, pero es el caso que posee el raro talento de hacerse adorar de sus discípulas, sin que su autoridad se resienta en lo mas mínimo.

—Qué edad tiene?

—Veinte y dos años escasos.

—Y es hermosa!

—Adorable! Pero ahí llega una persona por la cual podremos saber algo mas.

—El señor Dupont?

—Ese mismo, el antiguo preceptor del hermano de Enriqueta, que hoy es profesor de historia, de geografía, de aritmética etc. en el establecimiento de la señorita Blanca Derby.

El señor Dupont era un viejo de alta estatura, vestido de negro de los pies á la cabeza, á excepcion de la clásica corbata blanca, que ninguna moda habia podido hacerle desterrar. El buen anciano hubiera mirado como una inconveniencia muy grave el presentarse en cualquiera reunion sin aquella insignia de la profesion universitaria.

—Buenos dias, señor Dupont, cómo está V.? dijo la madre de Enriqueta tendiendo al profesor una mano, que él besó con respeto.

—Perfectamente, señora. ¿Y el señor de Courtel? ¿Y mi querido Gaston?

—Muy bien, muchas gracias, señor Dupont.

—Si no he empezado por informarme de vuestra salud, señora, continuó el viejo, es porque he pensado que con una tez tan fresca, no podiais estar enferma.

—Siempre galante! interrumpió la señora de Courtel riendo.

—Siempre exacto; replicó el señor Dupont inclinándose.

—Todavía? exclamó aquella amenazándole con el dedo. Yo creia que reservábais todos vuestros finos cumplimientos para la señorita Blanca.

—Para la señorita Blanca? dijo vivamente el señor Dupont, animándose al oír este nombre; ni uno siquiera le he dirigido.

—Y cómo ha sido eso? preguntó á su vez la amiga de la de Courtel.

—Cómo ha sido? contestó el viejo, algo sorprendido por la pregunta, ¿qué cumplimientos podria dirigirle á una jóven tan perfecta?

—Cuando yo os lo decia! exclamó la señora de Courtel dirigiéndose á su compañera, el señor y la señora Bontemps, representan la indiferencia y la envidia: el señor Dupont, el entusiasmo. Delante de vos, amiga mia, teneis al *caballero sirviente* de la linda señorita, nombre con que se designa aquí á la jóven directora del colegio; y tiene por ella la misma afeccion que un salvaje por sus ídolos.

—Decid mas bien el respeto que un hombre debe tener á un ángel, y habreis acertado, señora, replicó el profesor.

—Lo confiesa él mismo, dijo riendo la mas jóven de las dos damas.

—Y porqué no he de confesarlo? Qué puede haber de ofensivo para ella en la respetuosa admiracion de un hombre de mi edad, que no desea otra cosa mas que

verla todos los dias, y que daria con todo su corazon lo que le resta de vida por ahorrarle una sola lágrima!

Hay en el sentimiento verdadero un poder tan irresistible, que las dos señoras se sintieron profundamente conmovidas al oír esta ardiente profesion de fe.

En este instante se observó mucho movimiento entre la concurrencia que ocupaba la sala. El subprefecto y otras personas notables de la ciudad entraron: al mismo tiempo pareció correrse por sí sola una cortina que cubria el fondo de la habitacion y dejó ver un estrado en el cual se hallaba la jóven directora, rodeada de sus discípulas. Vestida con un traje de muselina blanca, con un cinturón de seda azul de puntas flotantes, se la hubiera tomado por una colegiala un poco mas crecida que sus compañeras.

Los sonidos de un piano invisible se dejaron oír, y varias voces sencillas y puras entonaron un coro de circunstancias, especie de himno al trabajo, letra del señor Dupont y música del señor Bontemps. El canto habia cesado ya y todavía escuchaba el auditorio; fué preciso un movimiento de la señorita Blanca, que se adelantó sola hácia el extremo del estrado, para romper el mágico encanto que subyugaba á todos los que oyeran aquel coro de ángeles.

La jóven directora, con voz conmovida, dió gracias á las autoridades por el apoyo que le habian prestado generosamente, y á los padres y madres de familia por las pruebas de estimacion que le concedieran confiándole á ella, una desconocida, sus tesoros mas preciosos, esto es, sus hijas.

Dirigiéndose luego á sus discípulas, les dió gracias tambien por la afeccion espontánea que todas, sin excepcion alguna, le habian demostrado.

Acercándose en seguida á una mesa cubierta de libros, procedió á la distribucion de los premios.

—Este año, dijo á las colegialas, os concedo á todas un premio que os servirá de estímulo, sin dejar por eso de hacer una distincion particular en favor de las que han sobresalido por su buen comportamiento y aplicacion. Los seis meses que acaban de transcurrir no han sido mas que el preludio de los estudios serios que vamos á emprender. Las mas jóvenes de entre vosotras, las que tengan pocas disposiciones para aprender, que no se desanimen por eso. Aplicándose particularmente á un género de estudio especial, conseguirán no introducir la confusion en su tierno cerebro. Mi programa os asustará un poco, tal vez; sin embargo, hijas mias, abrigo la esperanza de veros venir á mí, dentro de un mes, contentas y satisfechas. Con este motivo os convido á un banquete monstruo para el dia primero de Octubre, fecha nefasta que quiero rehabilitar á vuestros ojos. La abuela os hará ponche y el señor Bontemps os tocará contradanzas. Si quereis caballeros *de veras*, traed á vuestros hermanos y á vuestros primos. Así probaré que ese pobre primero de Octubre vale algo mas que su triste reputacion.

A estas palabras, la asamblea prorumpió en gritos de alegría, á los cuales se mezclaron numerosos aplausos. Luego, tan pronto como se restableció el silencio, las discípulas de la señorita Blanca desfilaron en orden por delante de su jóven maestra para recibir el libro y la corona que se les habia prometido. Vinieron en seguida las privilegiadas, que eran seis, en cuyo número se encontraba la pequeña Enriqueta Courtel, que recibió un premio de memoria entre las aclamaciones de sus compañeras.

La ceremonia terminó en medio de la satisfaccion general, si se exceptúa á la señora Bontemps que, no teniendo corona que colocar sobre la cabeza de su hija, no pudo representar la escena que meditara de antemano. La señora Bontemps no debia perdonar á la señorita Blanca el haberla privado de una buena ocasion en que demostrar su exquisita sensibilidad.

En el momento en que la jóven directora bajaba del estrado, el subprefecto se adelantó hácia ella con una corona de rosas blancas en la mano.

—Señorita, le dijo, permitidme reparar una injusticia que vuestra modestia os ha hecho cometer, injusticia contra la cual protestan todos los presentes; dignaos aceptar esta corona que os ofrezco en su nombre como testimonio de la afeccion de vuestras alumnas, del reconocimiento de sus padres y de la estimacion de todos.

Al pronunciar estas palabras, el magistrado colocó la corona sobre la frente de la señorita Blanca, que se habia inclinado, y, saludándola profundamente, volvió á atravesar la concurrencia, que aplaudia con entusiasmo, sin haber abrazado á la jóven, segun las circunstancias parecian permitirselo; pero tal era el respeto que la hermosa directora del colegio inspiraba á todo el mundo, que el subprefecto no tuvo siquiera el pensamiento de aprovecharse de su posicion en aquel instante.

Usando del raro privilegio del historiador conduciremos á nuestros lectores al salon del colegio de señoritas, la noche del primero de Octubre, de ese dia impacientemente esperado, aun mas que por las colegialas, por sus hermanos y primos, grandes y pequeños, que consideraban como una buena fortuna esta ocasion, única, tal vez, que les abria las puertas de una casa herméticamente cerrada para ellos, hasta entonces, á pesar de todas sus tentativas.

REMIGIO CAULA.

(Se continuará).



## LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

—Mirad, hermano mio, repitió madame Romys; en todos mis rezos he pedido á Dios os enviara un ángel que os hiciera venir á Darlingén. Vuestra llegada era mi única esperanza, la única esperanza de mi pobre y desolada Herminia. Quizá podáis todavía hacer alguna cosa para impedir el funesto sacrificio de mi hija; pero es preciso hablar á su padre con dulzura y no con amenazas, porque entonces todo se ha perdido. Vos le conocéis, la sola sospecha de que se pretendé contrariarle le vuelve inflexible como el hierro. Por la felicidad de Herminia, de vuestra querida ahijada, reprimid vuestra indignación: tened calma.

Mr. Juan se calló un instante y meneó la cabeza con aire pensativo:

—Teneis razon, hermana mia; dijo; me dejé arrastrar por una indignacion legitima, y debo quedar dueño de mí mismo. La dulzura es el único medio. Voy á buscar á mi cuñado para tener una conferencia con él. Estad tranquila y dad un poco de ánimo á este pobre Ernesto que está pálido como un muerto, y tiembla como un azogado. El tambien será infeliz toda su vida, si Herminia debe ser desgraciada.

—Ya lo sé y se lo agradezco; murmuró la madre apretando con un profundo suspiro la mano del jóven.

—Esperad, pues, los dos; ahora pienso en algunos medios que pueden ser empleados para convencerle. Hasta luego. Tened valor.

Atravesó lentamente la calle que se hallaba al frente y abrió la puerta de la casa. En el vestibulo encontró á Bonifacio Romys que iba al jardin, pero Blondeel le detuvo y le dijo con calma y amabilidad.

—Hermano mio, quisiera hablaros á solas; ¿tendreis la bondad de concederme algunos instantes?

Romys abrió la puerta del salon y ofreció una silla á Mr. Juan.

—¿Querreis hablarme sobre el próximo matrimonio de mi hija Herminia?... sentaos, pues, estoy pronto á escucharos.

—Comprendereis fácilmente, Romys, que el anuncio de esta nueva inesperada me llenó de asombro, empezó diciendo Mr. Juan con tímido acento. Herminia es mi ahijada, y yo creí tener el derecho, al menos, de que se me informase de antemano de un proyecto que si se realiza debe decidir de la suerte de toda su vida.

El padre de Herminia fijó sobre Blondeel una mirada fija y tranquila; esperaba ciertamente una escena violenta y se armaba desde luego de una calma aparente.

—Sin duda, hermano mio, respondió él, que teneis el derecho de ser informado de este proyecto; pero convenid en que no deben decirse cosas semejantes hasta tener seguridad del éxito. El honor de la familia está aquí en juego, y desde luego yo hubiera ido mañana á Bruselas para llevaros la noticia de este brillante matrimonio, con la certidumbre de que os regocijariais conmigo. Pensad que Mr. Pottewal tiene mas de cuatrocientos mil francos; yo doy cien mil francos á Herminia y reunen medio millon. Pottewal sigue en su comercio, y su dinero le ha de producir por poco un cinco por ciento, por lo cual tendrán, veinticinco mil francos de renta anuales; ya veis qué dichosa será nuestra Herminia... y qué honor para la familia, no es cierto?

—Pero este matrimonio está decidido? preguntó Blondeel con emocion contenida.

—Ciertamente; y ellos han cambiado su promesa.

—¿Pero Herminia ha aceptado de su libre voluntad la mano de Pottewal?

—Debo creer que sí; en todo caso no es ella, sino yo quien debe mirar por la conveniencia de la familia.

—Pero Romys; ella llora sin cesar hace dos dias!

Un relámpago de cólera brilló en los ojos del padre de Herminia; sin embargo quedó dueño de si.

—De veras?... ya os lo han dicho?... ¿Y las muchachas no lloran siempre antes de casarse? Y aunque esas lágrimas fuesen sinceras el negocio está convenido, la palabra dada por ámbos lados, y escrito irrevocablemente en lo alto que la consideracion de nuestra familia será aumentada en cuatrocientos mil francos.

Juan Blondeel tomó la mano de su cuñado.

—Romys, dijo; yo os suplico que me escuchéis un instante con benevolencia. Vos sois paure y este título os da, en efecto, el derecho de decidir la suerte de vuestras hijas; ¿pero no teneis al propio tiempo el deber de preservar su vida del pesar y de los sufrimientos?

—Sufrimientos! ¿Con un capital de veinticinco mil francos?... ¿Tener pesar cuando se puede comprar cada dos años una nueva finca? interrumpió Bonifacio Romys.

—Os suplico me dejéis continuar; dijo Blondeel con agitacion creciente. Herminia es todavía muy jóven; su corazon tiene sed de amistad, de afeciones y de amor; las mas dulces ilusiones la rodean como una aureola virginal. Es bella, alegre, aficionada á las artes y tiene necesidad de comunicar sus sensaciones en conversaciones espirituales. ¡Oh! Romys, á este ángel tan puro, á esta tierna y noble niña ireis vos á unirla indisolublemente, por toda la vida, á quién?... á un Pottewal!

—Un Pottewal!... pertenece á una antigua familia y posee casi medio millon.

—Sea, Romys; es al propio tiempo un buen mozo, yo lo conozco muy bien; pero tiene cerca de cuarenta años y no ha recibido la menor educacion; es tosco de corazon y de espíritu y no sabe hablar sino de sus granos. Su solo placer es ir al café ó al billar y atracarse de cerveza tomando parte en conversaciones groseras que desvanecerian en él toda delicadeza si la hubiera tenido alguna vez... ¿Y á semejante hombre quereis dar vuestra Herminia?

—Continuad, continuad, murmuró rechinando Romys que comenzaba á perder la paciencia.

—¿No comprendéis, hermano mio, cuál será la suerte de vuestra hija?... Yo me la figuro ya sentada, pobre mujer, esposa abandonada, en su cuarto, sola con sus tristes pensamientos, languideciendo y deplorando la pérdida de sus ilusiones, ¿pues á quién amar? ¿Con quién hablará que la comprenda? ¿A qué seno confiará las sensaciones de su alma poética? Su marido no sabe nada, todo lo que ella siente, todo lo que ella piensa le parece extraño, comprende su inferioridad á su lado y Pottewal, ese alcorcho, no puede alejarse y caerá dormido al lado de una mujer que por su gracia y por su talento sería la admiracion de una sociedad elevada. Sí, sí; mientras Pottewal esté de viaje ó en el billar la pobre Herminia buscará en vano alguno que pueda comprenderla ó al menos apreciar algun tanto los tesoros de su corazon. ¿Comprendéis, hermano mio, cuán terrible es esta soledad del alma?... Sola; siempre sola!... hasta el fin de su vida!...

—Bah! bah!... murmuró Romys; ella tendrá un bello carruaje, buenos caballos y podrá pasearse y hacer lo que quiera.

—Pasearse!... pero con quién? Ah! yo no puedo reprimir mi inquietud, hermano mio; he dicho la verdad toda entera. Esto no es una cosa natural, y de esa desigualdad entre los esposos resulta un gran mal; los dos son desgraciados; sienten que son la causa del pesar uno

del otro, y entonces viene la aversion, la amargura, el odio. Las víctimas de una union fatal se dirigen la una contra la otra y la lucha dura hasta que uno de los dos se abandona á la voluntad del mas fuerte como un esclavo desesperado. Dios mio; yo tiemblo al pensamiento de esta esclavitud, esta alma desolada que podria ser vuestra dulce, vuestra buena Herminia!...

Las lágrimas llenaron los ojos de Juan Blondeel y su voz se alteró de tal modo que le fué preciso interrumpir su discurso.

Bonifacio se calló un instante y despues repuso con una tranquilidad glacial:

—Yo conozco, hace tiempo, vuestros sentimientos sobre el matrimonio, hermano mio. Lo que me decís no es nuevo para mí; esas son las ideas de un hombre que no tiene familia y que ha atravesado el mundo sin cuidados. Si hubiéseis tenido hijos pensaríais de otra manera y no desperdiciaríais la ocasion de poner la mano sobre medio millon que se presenta muy pocas veces en la vida.

Blondeel no habia probablemente escuchado, pues tomó las manos de su cuñado y dijo con tono suplicante:

—Vamos; mi querido Bonifacio!... vos teneis corazon; Herminia es vuestra hija; dejaos convencer y no la obliguéis á casarse con el gordo Pottewal. Ella será desgraciada, creedme. Tened compasion de ella!...

—Ya lo veis, Blondeel; os he escuchado con benevolencia, respondió Bomys con imperturbable frialdad. Es inútil discutir entre nosotros semejantes negocios: el honor de la familia es para mí una ley suprema; pero vos, que no conocéis el precio del dinero, teneis una mala opinion de Pottewal; pero creed á un hombre de experiencia, medio millon compensa con mucho los defectos de una bella figura ó de la falta de inteligencia y finura.

Juan Blondeel se tornó rojo de impaciencia y de despecho; se hizo sin embargo violencia para sobreponerse á su cólera que le dominaba y preguntó:

—¿Conque está irrevocablemente decidido? ¿No hay nada que pueda hacerlos cambiar?

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Se continuará.)

## Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE TAFETAN GRIS (forma Princesa, con corpiño escotado). El borde inferior se guarnece con bullonados de tul blanco, que ocupan, por detrás solamente, una altura de 40 centímetros para elevarse gradualmente por los lados hácia adelante; estos bullonados van cortados de trecho en trecho por ramas de coral encarnado vivo, los cuales se emplean tambien para orlar el corpiño escotado y las mangas cortas. Por dentro de este corpiño se encuentra una camiseta bullonada de tul blanco; las mangas largas de tul blanco van echadas hácia atrás y fijadas al trage por una rama de coral. En el cabello, peineta de coral; collar y brazaletes correspondientes.

ENAGUA INTERIOR DE CACHEMIRA AZUL, PLEGADA.—Trage corto de tafetan castaño oscuro, recortado á puntas muy agudas, orladas con un galon negro con cuentas negras; este mismo galon figura otro trage mas corto, con puntas iguales á las anteriores. El paletot recto, igual al trage, está recortado del mismo modo, y esta forma se reproduce en las hombreras. Gorra de terciopelo negro, guarnecido con plumas de pavo real.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba, n. 1.

## A LOS NUEVOS SUSCRITORES DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

Habiendo reimpresso esta Empresa los números que faltaban para completar algunas colecciones de años anteriores, las ofrece á los mismos en los precios siguientes:

La respectiva	á 1862.	. . . . .	por 140 reales vellon.
„	á 1863.	. . . . .	por 140 „
„	á 1864.	. . . . .	por 160 „
„	á 1865.	. . . . .	por 160 „
„	á 1866.	. . . . .	por 160 „

Tomando todas las colecciones se darán en 500 rvn.

**En America fijan el precio los Sres. Corresponsales.**

En atencion á ser muy pocos los ejemplares que hay disponibles, la venta se hará exclusivamente á los que sean suscritores á La Moda Elegante en la actualidad.

Los pedidos se dirigirán, acompañados de su importe en letras de fácil cobro, á la Administracion de Madrid, plaza del Príncipe D. Alfonso, núm. 8, ó á la de Cádiz, calle de Ahumada, núm. 5.

El Administrador: CELSO MERLO.